



Universidad
Zaragoza

Trabajo de fin de grado

Relaciones entre la Santa Sede y el Reino de Aragón. De Sancho Ramírez a Pedro II.

Martín Arnal

Director: Germán Navarro Espinach

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA

CURSO 4.º

Año académico 2020/2021

Contenidos

1. Introducción.	2
I. Justificación del trabajo	2
II. Objetivos.	2
III. Estado de la cuestión.	3
IV. Metodología aplicada.	4
2. El Reino de Aragón y la Santa Sede a mediados del siglo XI.	6
I. La Santa Sede.	6
II. El Reino de Aragón.	7
III. Conclusión	9
3. Sancho Ramírez y los inicios de la simbiótica relación monarquía-papado.	10
I. La Santa Sede y los reinos hispánicos.	10
II. Sancho Ramírez y Alejandro II.	10
III. Aragón en Europa.	12
4. Transformación de la Iglesia aragonesa.	14
I. Introducción de la reforma eclesiástica en Aragón.	14
II. Desconfianzas y conflictos en la aplicación de la reforma.	16
III. Consolidación de la reforma en Aragón.	18
5. Conformación territorial del Reino de Aragón. Las cruzadas en Aragón.	20
I. Las Protocruzadas. Espíritu cruzado de los reyes aragoneses.	20
II. La Cruzada de Zaragoza. Alfonso I “El Batallador”, la máxima expresión del cruzadismo aragonés.	22
III. Restauración eclesiástica del valle del Ebro.	27
IV. Legado del Batallador. Definitiva conformación territorial de Aragón.	31
6. Pedro II. De Roma a Muret.	33
I. Coronación en Roma.	33
II. La batalla de Muret	35
7. Conclusiones	37
8. Bibliografía.	38
9. Anexos	40

1. Introducción.

I. Justificación del trabajo

La idea de este trabajo surge de múltiples intereses académicos que he ido teniendo a lo largo de mi trayectoria universitaria. Una de las facetas de la historia que siempre me han atraído más ha sido la de la política, especialmente me han generado mayor interés los personajes históricos más poderosos del momento. Y a menudo he reflexionado sobre el origen y los fundamentos de su poder, ¿Cómo eran capaces de imponer su voluntad a los gobernados? ¿Qué originaba realmente su poder?

Estas preguntas las podía responder con facilidad echando mano de mis conocimientos al respecto de los reyes o emperadores medievales. Pero en la edad media había un poder, que era tanto o más importante que el de cualquier rey, cuyas bases y fundamentos eran radicalmente distintos. Este poder, era el del obispo de Roma, una ciudad pequeña y decadente a inicios de la Edad Media. ¿Cómo un obispo, sin contar con enormes ejércitos ni vastas tierras, podía imponer su autoridad a reyes y emperadores de toda la cristiandad? Esta inquietud me hizo interesarme por el proceso de la reforma eclesiástica romana. Que llevó a los papas a poder imponer su autoridad sobre los poderes monárquicos europeos en diversas cuestiones, basando su fuerza en el poder blando, la ideología imperante en la Edad Media europea, la religión cristiana.

Cuando me aproximé a las relaciones entre la Santa Sede y los poderes laicos, de forma inicial las observé desde una perspectiva de conflicto entre dos poderes, el espiritual y el terrenal, a menudo irreconciliables. Debido a la vasta extensión del ámbito de acción del papado decidí centrarme en las relaciones entre la monarquía aragonesa y la curia pontificia. Como aragonés siempre me ha interesado especialmente la historia de mi tierra, especialmente el periodo del Reino de Aragón. Estudiar estas relaciones desde la perspectiva aragonesa, me ha resultado muy enriquecedor, y me ha dado una visión del tema que antes no tenía. Pues la relación entre Aragón y la Santa Sede es muy distinta a la relación papado-imperio que conocía, dejamos de lado el enfrentamiento entre papas y emperadores y pasamos a la complementariedad de dos poderes que se necesitan para seguir creciendo.

La curiosidad que me despierta el poder del papado en la Europa medieval, el interés por la historia de mi tierra y la enorme y transformadora relación que la Santa Sede y el Reino de Aragón tuvieron durante los siglos de la plena Edad Media, me han llevado a decidirme por elaborar un trabajo que trate sus relaciones y las implicaciones de las mismas en Aragón.

II. Objetivos.

El objetivo del trabajo es el análisis de las relaciones entre el poder monárquico aragonés y el de los papas de Roma. Desde mediados del siglo XI, cuando se inicia la reforma eclesiástica romana y Sancho Ramírez se infeuda a la Santa Sede, hasta el reinado de Pedro II y el pontificado de Inocencio III. ¿Por qué Sancho Ramírez se infeuda a la Santa Sede? ¿Qué beneficios sacan los reyes de Aragón de esa relación de vasallaje?

¿Qué consigue la Santa Sede de esa relación con los reyes de Aragón? ¿Cómo afecta esa relación a Aragón?

Para responder a esas preguntas, he decidido centrar mi trabajo en los tres reyes que a mi juicio me parecen más relevantes en las relaciones entre Aragón y el papado. Estos son principalmente Sancho Ramírez, Alfonso I y Pedro II. Sancho Ramírez me parece fundamental, para entender las relaciones de vasallaje entre los reyes aragoneses y los papas, sin la cual es imposible comprender la expansión aragonesa posterior que lidera Alfonso I, el cual lleva a la máxima expresión el ideal cruzado aragonés que se empieza a gestar con Sancho Ramírez. Finalmente Pedro II me parece un caso paradigmático con el que cerrar el trabajo. Pues fue el único rey de Aragón en ser coronado en Roma por el propio papa, vital en la lucha contra el islam y el soberano secular ideal para Inocencio III. Sin embargo acabó muriendo en Muret luchando contra los cruzados enviados por el papa. ¿Por qué Pedro II se enfrentó al papado?

¿Qué formas de relacionarse tenían la monarquía aragonesa y la curia pontificia? ¿Cómo afectaron estas al reino de Aragón? ¿Qué impacto tuvo la ideología cruzada en Aragón? ¿Qué paralelismos y diferencias tuvo la guerra santa en Aragón y en oriente? ¿Fue decisiva la acción papal en la expansión aragonesa por el sur y el norte de los Pirineos? A lo largo del trabajo busco resolver estas preguntas, y determinar la naturaleza y el grado transformador que supusieron estas relaciones entre reyes de Aragón y papas de Roma.

Pero este trabajo no solo abarca la influencia papal en términos políticos, sino que también se plantea interrogantes en términos religiosos. ¿Hasta qué punto la acción pontificia controló la iglesia aragonesa? ¿Qué alcance tuvo la reforma eclesiástica en Aragón? ¿Cómo se realizó la restauración eclesiástica en las tierras arrebatadas al islam? La iglesia en la Edad Media era la institución más importante en la sociedad, y me parece vital observar sus cambios y la influencia pontificia en ellos.

En definitiva, el trabajo intenta analizar las relaciones entre la monarquía aragonesa y el papado a nivel político y religioso. Determinar la naturaleza, el impacto y el alcance de las relaciones entre ambos poderes, espiritual y terrenal en Aragón, durante el periodo de su conformación como ente territorial.

III. Estado de la cuestión.

Las relaciones entre los reyes de Aragón y el papado empezaron a ser estudiadas en profundidad por el historiador alemán Paul Fridolin Kehr. Un gran conocedor de la documentación papal muy interesado en la España medieval. Su trabajo titulado “Como y cuando se hizo Aragón feudatario de la Santa Sede” redactado en 1928, me ha servido como punto de partida fundamental. También debo señalar el artículo de Luis García Guijarro Ramos “El papado y el Reino de Aragón en la segunda mitad del siglo XI” publicado en el 2004, el cual profundiza con sus aportes teóricos los análisis documentales de Kehr.

La historiografía aragonesa del siglo XX también fue fundamental. Un autor a reseñar es Ángel Canellas López, su obra póstuma “La colección diplomática de Sancho Ramírez”

nos ofrece 159 diplomas completamente transcritos vitales en el estudio del rey aragonés. Además Canellas también trató temas como el de las primeras cruzadas aragonesas por primera vez. Otro autor clave de la misma generación que Canellas es José María Lacarra, su libro “Alfonso el Batallador” nos da una visión amplia y completa de su importante reinado. Respecto a la iglesia altoaragonesa destaca su coetáneo Antonio Duran Gudiol, medievalista catalán especializado en la historia eclesiástica del temprano Reino de Aragón.

De estos autores bebe sin duda la obra coordinada por Esteban Sarasa “Sancho Ramírez, rey de Aragón y su tiempo” que nos da una visión completa del reinado de Sancho Ramírez y las relaciones que este cultivo con la Santa Sede. En esta obra participan importantes nombres del medievalismo aragonés como Carlos Laliena Corbera, Domingo Buesa Conde o Juan Fernando Utrilla. Este último además escribió un artículo en 2007 titulado “Conquista, guerra santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal” que me ha sido extremadamente útil.

Para profundizar en el cruzadismo aragonés me ha sido de mucha utilidad trabajo de Pablo Dorronzoro Ramírez de 2014, “El episcopado “Batallador” en tiempos de Alfonso I de Aragón y Pamplona”.

Por último, respecto al apartado de Pedro II, me gustaría destacar el trabajo realizado por Martín Alvira Cabrer, el mayor especialista en la batalla de Muret. También me han sido muy útiles las obras de Damian J. Smith tanto en inglés como en castellano, pues es un autor especializado en las relaciones entre Inocencio III y la Corona de Aragón.

IV. Metodología aplicada.

Para la elaboración del trabajo he necesitado buscar una amplia variedad de títulos bibliográficos, los cuales he obtenido por diferentes vías. Debo agradecer a mi director de Trabajo de Fin de Grado, Germán Navarro Espinach sus orientaciones al respecto, pues me ha llegado a facilitar el acceso a algunos títulos como “Las Reinas de Aragón” de Concha García Castán, y a su propio trabajo sobre la batalla de Muret.

Me han resultado imprescindibles recursos digitales como Dialnet, el portal Academia.edu, la Biblioteca Virtual de Aragón y la Biblioteca virtual de la Institución Fernando el Católico. De estas fuentes he obtenido la mayoría de títulos a los que hago referencia en la bibliografía. Además también he consultado libros y artículos de forma total o parcial a través de la biblioteca digital de Google. También he realizado alguna consulta en el *Diccionario Bibliográfico de la Real Academia de la Historia* a través de su página web. Por otro lado he tenido la fortuna de contar con algún título en formato físico como “La Corona de Aragón: Manipulación, mito e historia” de José Luis Corral.

Otros títulos los he consultado gracias a la biblioteca de la Universidad de Zaragoza, entre ellos “Cómo se hace un trabajo académico. Guía práctica para estudiantes universitarios” escrito por John Clanchy y Brigid Ballard. El cual me ha servido para orientarme en la elaboración del trabajo.

Respecto a las imágenes ubicadas en el anexo las he obtenido valiéndome de libros consultados previamente o mediante el motor de búsqueda de imágenes de Google.

2. El Reino de Aragón y la Santa Sede a mediados del siglo XI.

I. La Santa Sede.

A mediados del siglo XI la cristiandad latina se encontraba al inicio de uno de los procesos más transformadores de su historia, la reforma eclesiástica romana. La historiografía tradicionalmente ha etiquetado este proceso con el nombre de “reforma gregoriana”, asociando el fenómeno reformador con Gregorio VII pontífice entre 1073 y 1085 (Álvarez Palenzuela, 2002: p.415). Pero el despliegue de la reforma, sus matices y viabilidad sobrepasan el pontificado de Gregorio VII, la reforma la iniciaron papas previos a su pontificado y no se plasmó de forma completa hasta inicios del siglo XIII con pontífices como Inocencio III (García Guijarro, 2004: 247). Es en este momento, en el cual la sede de San Pedro pugna por ganar independencia y poder político frente al imperio cuando tiene sus primeros contactos con el Reino de Aragón.

El papado y el sacro imperio romano eran dos poderes que se habían coaligado de forma simbiótica desde el reinado de Pipino y la coronación de su hijo Carlomagno a finales del siglo VIII e inicios del IX. Con el paso del tiempo esta relación papado-imperio se fue desgastando. La concepción imperial de la iglesia colocaba al emperador como “*rector populi christiani*” (Álvarez Palenzuela, 2002: p.417), otorgándole un protagonismo religioso que lo convertía en “*rex et sacerdos*”. Esta concepción eclesiológica imperial llevaría a los emperadores a intervenir de forma cada vez más decidida en la iglesia. Los emperadores no solo intervenían en asuntos políticos, sino también doctrinales, llegando a usurpar el papel del papa como cabeza de la iglesia incluso desde el punto de vista espiritual.

La intrusión imperial en la iglesia romana llegó a su culmen en el año 1046, cuando se celebró el sínodo de Sutri. En las primeras décadas del siglo XI la dignidad papal estuvo en manos de las grandes familias aristocráticas de Roma (Álvarez Palenzuela, 2002, p.418). En este contexto dos facciones nobiliarias romanas se disputaron el control de la Santa Sede durante la primera mitad del siglo XI, crescencios y tusculanos. Este conflicto supuso que a menudo había dos o hasta tres papas ejerciendo al mismo tiempo, excomulgándose mutuamente o incluso disputándose el control de la mismísima ciudad de Roma en conflictos civiles. Además muchos de estos pontífices llevaron una vida poco edificante, u obtuvieron el cargo de forma ilícita.

Este contexto provocó que a la altura de 1046, cuando Enrique III deseaba ser coronado emperador en Roma, el prestigio y el poder de legitimación del papado estuviese bajo mínimos. Esta situación no era nada favorable a Enrique III, pues su legitimidad como emperador dependía de la legitimidad y prestigio del papa que le coronaba como tal. A la altura del 1046 ocupaba el solio papal Gregorio VI, un papa con ambiciones reformadoras pero de dudosa legitimidad, pues se le acusaba de simonía. Se sospechaba que Gregorio VI había sobornado al papa anterior Benedicto IX para llegar a ostentar la dignidad papal. Entonces Enrique III se decidió a limpiar la sede de Roma para obtener una legitimidad que un papa como Gregorio VI no le podía dar.

Enrique III en el sínodo de Sutri juzgó no solo a Gregorio VI, sino también a los dos papas anteriores Benedicto IX y Silvestre III. Finalmente Gregorio VI fue depuesto y además Enrique III desechó los derechos al papado que Benedicto IX o Silvestre III aun pudiesen tener. Tras quedar vacante el solio de San Pedro Enrique III escogió a un clérigo alemán de su confianza, Clemente II, cuya primera acción como papa fue coronar emperador a Enrique III. Clemente II sería el primero de la serie de 4 papas alemanes que elegiría el emperador Enrique III desde el sínodo de Sutri en el 1046 hasta su muerte en el 1056. El sínodo de Sutri nos muestra como el emperador quitaba y ponía papas en función de sus intereses y revestía sus intervenciones en la iglesia católica con un carácter moralizador, era el emperador de la cristiandad el que limpiaba la iglesia de la corrupción (Álvarez Palenzuela, 2002, p.419). Los papas alemanes iniciarían la vertiente moral de la reforma eclesiástica romana. Buscaban acabar con la simonía (compra/venta de cargos eclesiásticos) y con el nicolaísmo (matrimonio de clérigos).

Pero el poder del imperio sobre el papado se desvanecerá con la muerte del emperador Enrique III en el 1056 y la minoría de edad de su hijo Enrique IV. Será entonces cuando se empiece a desplegar la reforma eclesiástica romana en su vertiente política y eclesiológica además de la moral. Se sucederán una serie de papas pertenecientes al círculo reformador romano, el cual ansiaba la "*libertas ecclesiae*", es decir, la independencia de la iglesia frente a los poderes laicos (sobre todo el imperial).

Especialmente relevante fue Nicolás II con su decreto de elección papal, por el cual, la elección papal recaía en los cardenales, dejando fuera a la nobleza romana y al emperador, laicos que habían controlado la elección papal durante la primera mitad del siglo XI. (Álvarez Palenzuela, 2002, p.423) Por otro lado el papado fue construyendo relaciones al margen del poder imperial, los normandos del sur de Italia le rindieron vasallaje al papa y durante los años 60 del siglo XI la sede de Roma fue logrando extender su poder sobre Italia, no solo sobre la jerarquía eclesiástica, sino también sobre poderes laicos que necesitaban del apoyo del papa para sostenerse. La creciente influencia, poder y autonomía de Roma frente al emperador fue poco a poco deteriorando las relaciones entre ambos poderes universalistas, los papas reformadores habían ido configurando una ideología eclesiástica en la que el papa y no el emperador era la cabeza de la cristiandad. Gregorio VII con los *Dictatus Papae* dará un salto cualitativo en este aspecto e iniciará una confrontación directa con el emperador Enrique IV.

II. El Reino de Aragón.

Mientras en Roma los nuevos reformadores sueñan con ser la cabeza de la cristiandad, en el Aragón de mediados del siglo XI nos trasladamos a una realidad más humilde. Aragón era un principado territorial regido por un rey, que comprendía la parte meridional de los macizos pirenaicos centrales y sus zonas limítrofes, en total no menos de 10.000 kilómetros cuadrados (Sarasa, coord., 1994, p.65).

A menudo se ha transmitido la imagen de un temprano Reino de Aragón pequeño, pobre y escasamente poblado. Esto bien podía ser así, comparándolo con las populosas ciudades musulmanas del sur. Pero tenemos que tener en cuenta el crecimiento constante demográfico y económico que experimentaba Aragón desde el siglo X, y

compararlo con otros principados territoriales europeos que usualmente eran más pequeños y pobres. En la alta edad media la ausencia de una administración desarrollada, y unas comunicaciones fluidas impedían que los príncipes dominasen territorios muy extensos y allí donde sucedía como en Castilla y León, los reyes debían hacer frente a constantes rebeliones y conflictos (Sarasa, coord., 1994, p.66).

El Reino de Aragón se encontraba en un proceso feudal expansivo, al crecer la población, la necesidad de nuevas tierras se incrementaba, y se producían nuevas roturaciones de tierras y fundaciones de nuevas comunidades campesinas. Pero sin ciudades (la sociedad era eminentemente rural), ni centros de comercio relevantes, ni suficiente monetización, la agricultura aragonesa se limitaba a la subsistencia. Las posibilidades de comercio con los excedentes agrarios eran muy reducida. (Sarasa, coord., 1994: p.66) Para la segunda mitad del siglo XI las tierras susceptibles de roturación cada vez eran menores. Sin la posibilidad de obtener nuevas tierras fértiles que explotar en el sur, la nobleza aragonesa se veía condenada a dividir el patrimonio entre sus descendientes, y a perder riqueza. El campesinado también debía dividir sus tierras entre sus hijos, y progresivamente se veía cada vez más sometido a la nobleza o a la iglesia que poseía tenencias cerca de sus tierras. De esta forma, la sociedad aragonesa en plena expansión feudal, estaba llegando a los límites agrarios y demográficos del pirineo central, y necesitaba adquirir nuevas tierras.

La dinastía que se encontraba asentada en el trono de Aragón desde el 1035 era la de los Ramírez. Sancho el Grande de Pamplona había dominado casi la totalidad de la Hispania cristiana durante las primeras décadas del siglo XI, y a su muerte en el 1035 dividió sus posesiones entre sus hijos. Entre ellos estaba Ramiro, el cual a pesar de ser bastardo logró hacerse un hueco entre sus hermanastros para recibir en herencia el condado de Aragón. Ramiro durante sus 29 años de reinado nunca se intituló a sí mismo como rey. En algunos documentos le denominan como “hijo del rey Sancho y nuestro señor” (Sarasa, coord., 1994, p.47) y en otros como “*Ramiro quasi pro rege*” o “*regulus*”. A pesar de ello, Ramiro I actuó con total independencia y soberanía y se le consideró como rey de Aragón de facto. Durante su reinado consiguió prácticamente triplicar sus tierras por tres vías: Se hizo con los condados de Ribagorza y Sobrarbe tras la muerte (sin dejar heredero) de su hermano Gonzalo, los acuerdos con su sobrino Sancho IV de Pamplona y la guerra contra los musulmanes del sur.

A pesar de la expansión territorial, económica y social del joven núcleo pirenaico a la muerte de Ramiro I y el ascenso al trono de Sancho Ramírez en el 1064 este se encontraba en una situación delicada. La saturación agrícola y demográfica que comenzaba a sufrir el pirineo central exigía al nuevo rey acometer costosas campañas militares sin contar con los recursos económicos, demográficos y militares como para emprenderlas con opciones de éxito, la población aragonesa seguía siendo reducida si la comparáramos con las de las grandes ciudades musulmanas del sur. Pero Sancho Ramírez no solo estaba necesitado de nuevas tierras, sino de legitimidad. Su padre, Ramiro I era de origen bastardo y había contraído una relación de vasallaje con los reyes de Pamplona, lo que podía ser un grave problema para el desarrollo del reino (Sarasa,

coord., 1994, p.133). Sancho Ramírez buscaba reafirmar la legitimidad de su dinastía sobre el trono de Aragón y a la vez desprenderse de la relación de dependencia que su padre había contraído con la dinastía de los reyes de Pamplona.

III. Conclusión

A mediados del siglo XI podemos apreciar como un poder universal como la iglesia romana y una monarquía territorializada como el Reino de Aragón comienzan a desplegar sus ambiciones y planes para aumentar su poder. Sancho Ramírez mira al sur, ambicionando las fértiles llanuras del valle del Ebro que su reino necesita para seguir prosperando. Pero también mira al oeste donde el reino de Pamplona y los de Castilla y León pueden suponer serias amenazas para la independencia aragonesa. Mientras tanto, la curia pontificia comenzaba a elaborar una amplia red de alianzas a nivel europeo, que le permite proyectar su poder sobre territorios cada vez más alejados de Roma.

Es en ese momento cuando las relaciones entre los dos poderes comienzan a desarrollarse. En la década de los años 60 del siglo XI Sancho Ramírez necesita una legitimidad y un apoyo en la lucha contra el islam que el papado está dispuesto a darle a cambio de su vasallaje a la Santa Sede y su colaboración con las políticas reformadoras. A menudo la reforma eclesiástica romana se identifica con la querrela de las investiduras y los conflictos entre el papado y las distintas monarquías europeas. Pero en el caso de Aragón será muy distinto, ambos poderes establecieron unas relaciones simbióticas de necesidad mutua para alcanzar sus objetivos.

3. Sancho Ramírez y los inicios de la simbiótica relación monarquía-papado.

I. La Santa Sede y los reinos hispánicos.

Debido a la evolución histórica de la península ibérica desde la invasión musulmana, la cristiandad hispánica apenas había podido tener conexiones con la Santa Sede. Los únicos territorios que habían establecido conexiones con Roma eran los condados catalanes. Sin embargo el resto de reinos hispánicos estaba desconectado del litoral catalán, debido a las fronteras que suponían las taifas de Lérida, Zaragoza o Tortosa, que controlaban todo el valle del Ebro, y las principales vías de comunicaciones que por allí transcurrían. Las únicas vías de comunicación con Europa se daban por el camino de Santiago, y por los pasos de Roncesvalles o Somport (P.Kehr, 1945, pp.1, 2).

La iglesia hispánica (y la aragonesa) solía estar en manos del poder laico, algo habitual en la Europa del siglo XI. Pero en el caso de la iglesia hispánica el intrusismo laico se acentuaba debido a la escasa influencia de la Santa Sede sobre los reinos hispánicos (Sarasa, coord., 1994, p.130). Tanto es así, que en los reinos hispánicos se continuaba aplicando el rito litúrgico mozárabe, mientras en el resto de Europa se imponía el rito romano.

Alejandro II será un papa fundamental para la conexión de la iglesia aragonesa e hispana con la iglesia romana. Alejandro II formaba parte del círculo reformador romano. El cual gobernaba la iglesia desde la muerte de Enrique III, y buscaba la preeminencia del papado sobre la cristiandad, de ahí su interés por ganar presencia en la península ibérica. Uno de sus principales objetivos fue expandir el rito romano por los reinos hispánicos. Con esta misión fue enviado un legado papal a la península, el cardenal Hugo Cándido, importante miembro del círculo reformador papal. Cándido realizará dos viajes a los reinos hispánicos, en su primera legación papal en Hispania en el 1065 marchará a Pamplona y Castilla. Pero allí fracasará en sus intentos de influir sobre las monarquías para la imposición del rito romano. Posteriormente realizaría un segundo viaje en el 1068, esta vez iría a Aragón y allí su trabajo diplomático daría frutos. (Kehr Paul, 1945, pp.10, 11,12)

II. Sancho Ramírez y Alejandro II.

En el trono de Aragón, a la altura del 1068 continuaba Sancho Ramírez, el cual había podido observar unos años antes la protocruzada de Barbastro de 1064. Esta fue una expedición formada principalmente por caballeros franceses y catalanes. La expedición se produjo gracias a las relaciones del papa Alejandro II (mediante su legado papal en Hispania, Hugo Cándido) con los condados catalanes. El papado por primera vez predicaría en favor de una empresa bélica, y prometería indulgencias y absolución de pecados a los que marchasen a luchar contra el islam. Sancho Ramírez no estaría al margen de esta expedición pues uno de los principales líderes de la misma, fue el conde Ermengol III de Urgel, su cuñado. El conde de Urgel gobernó sobre Barbastro tras la conquista de la ciudad por parte de los cruzados en calidad de teniente del rey de Aragón. Al poco tiempo los musulmanes reconquistarían la ciudad y Ermengol III fallecería

combatiéndoles. A pesar de ello, la conquista de Barbastro tuvo una gran resonancia en Europa. El amplio botín de guerra logrado por la expedición cristiana mostraría que este tipo de acciones, que la Santa Sede comenzaba a predicar y justificar, podían ser muy rentables para los que participaran.

De forma, que a la llegada del legado papal a su corte, el rey le observaría con buenos ojos. Pues sabía cuan útiles podían ser unas buenas relaciones con el papado en la guerra contra el sarraceno (Sarasa, coord., 1994, pp.130, 131). La llegada de Hugo Cándido a Aragón coincidió con temporalmente con los factores que propiciaron las fructíferas relaciones que se desarrollarían en las próximas décadas entre el papado y el Reino de Aragón. Sancho Ramírez tras la llegada del legado Cándido a su corte buscaría infeudarse al papado en busca de legitimidad, apoyo diplomático frente a otros poderes cristianos más poderosos, y de ayuda para su política conquistadora. Con esta óptica me parece adecuado contemplar el viaje a Roma que emprendería ese mismo año el rey de Aragón.

El viaje a Roma de Sancho Ramírez fue fructífero pues se encontró con una curia pontificia muy favorable. En aquellos momentos el papado buscaba ganar peso político en la cristiandad latina por varios motivos. Uno de ellos era evitar las injerencias del emperador en la sede pontificia, algo que había sucedido de forma reiterada con Enrique III, el cual había depuesto y colocado papas hasta su muerte en el 1056. Además el papado ansiaba lograr una preeminencia sobre los poderes laicos en el ámbito temporal, y evitar la injerencia laica en el seno de la iglesia. Paralelamente también buscaba ampliar la capacidad papal para gobernar sobre la iglesia de toda Europa. Para ello era vital establecer alianzas con otros poderes laicos, en esta tarea se hicieron cada vez más vitales los legados papales, como Hugo Cándido, que representaban los intereses del papa en lugares alejados de la influencia directa de Roma, como Aragón. Por estos motivos, la intención de Sancho Ramírez de infeudar su reino a la sede pontificia fue muy bien acogida. (Sarasa, coord., 1994, p.134)

La ceremonia de vasallaje de Sancho Ramírez al papa Alejandro II se daría durante la pascua del 1068. En la ceremonia, el rey de Aragón se comprometió a pagar 500 mancusos de oro de forma anual al papa de forma vitalicia, sus sucesores deberían continuar abonando la misma cantidad. También casi todos los caballeros aragoneses que acompañaban al rey prometieron pagarle al papa un mancuso de oro de forma anual. A cambio de este vasallaje el rey de Aragón, sus hijos y su reino quedarían bajo protección de su nuevo señor, el papa. Se estableció que el rey de Aragón debería recibir su reino de las manos del papa y ser coronado por este, los reyes de Aragón tendrían que prestar obediencia a la sede de san Pedro y pagar el tributo acordado. Este acuerdo supuso una clara mejora de la posición del rey de Aragón frente a otros reyes cristianos más poderosos como Alfonso VI de León. Lógicamente estar bajo la protección directa del papa era un buen freno a las posibles agresiones de otros reyes cristianos. (Kehr, 1945, pp.18, 19)

Sancho comenzó a intitularse en los documentos oficiales como "*gratia Dei Aragonense*", el término "*aragonense*" se refería a un funcionario que ejerce la autoridad en nombre del rey, este sería Sancho Ramírez que ejercería su autoridad en

nombre del papa, lo que simbolizaba que entregaba Aragón al santo padre. (Sarasa, Esteban, p.37) Sancho todavía no se intitulaba a sí mismo como rey, al igual que su padre Ramiro I el cual siempre había evitado intitularse como rey. Cabe remarcar que a partir de entonces los primogénitos de los próximos reyes de Aragón se llamarían Pedro (o Petronila en femenino) en honor al vínculo que les ataba con la sede de San Pedro. (Utrilla, 2007, p.102)

III. Aragón en Europa.

La Santa Sede buscaba la preeminencia frente a los poderes laicos, y obtener su vasallaje era un paso clave para la consecución de este objetivo. Este *modus operandi*, de legitimar a poderes laicos que necesitaban de su apoyo para establecerse de forma sólida, llevaba a incrementar el poder y la influencia papal sobre los mismos. El rey de Aragón no sería el único vasallo del papa. El vasallaje de Sancho Ramírez al papado fue solo unos años después del vasallaje de Roberto Guiscardo, el caudillo de los normandos del sur de Italia, el cual fue coronado por el papa Nicolás II como duque de Apulia, Calabria y Sicilia.

La nueva iglesia romana, nacida de la reforma, buscaba comenzar a construir su hegemonía en Europa desde marcos políticos alejados de la tendencia a la universalidad que caracterizaba al imperio. Núcleos que acababan de emerger con identidad propia y necesitaban ser legitimados como el reino aragonés o los señores italo-normandos. También destaca el caso de Guillermo el conquistador duque de Normandía, que invadió Inglaterra y se aproximó al papa Alejandro II en busca de legitimidad para su nueva dinastía. Los condados catalanes también estuvieron necesitados de un apoyo externo legitimador, tras la desaparición del imperio en Francia se aproximaron al papado. (García-Guijarro Ramos, 2004, p.247)

Sancho Ramírez en su viaje a Roma también aprovecharía para establecer relaciones diplomáticas a nivel europeo, el papa allí le concedería el permiso para repudiar a su mujer Isabel de Urgel. (Laliena, db.e.rah.es) De esta forma Sancho Ramírez podría acordar una alianza matrimonial con Eblo II de Roucy, uno de los mayores aliados del papa. Eblo II, era famoso por su ardor en las batallas, había combatido con las huestes normandas en la batalla de Barbastro en el 1064 y había defendido la causa de Gregorio VII contra el emperador Enrique IV. Además estaba casado con la hija del caudillo normando Roberto Guiscardo (García Castán, 2000, p.12). Esta alianza se materializaría en el año 1071 con el matrimonio entre Sancho Ramírez y Felicia de Roucy. Felicia de Roucy se convirtió en una pieza clave en el entramado de alianzas de la Santa Sede. Conectaba a sus vasallos normandos del sur de Italia con sus vasallos aragoneses, a través de una familia noble francesa favorable a los intereses papales.

Las privilegiadas relaciones que Sancho Ramírez tuvo con la Santa Sede supusieron la apertura de Aragón y Navarra a Europa y el establecimiento de nuevas relaciones diplomáticas, como ejemplifica el matrimonio de Sancho con Felicia de Roucy. Además los monasterios aragoneses dieron un salto cualitativo, enriqueciéndose con las tendencias europeas que les llevaron a sustituir el rito hispano por el romano, y la vieja letra visigótica por la letra carolina de mayor utilidad. El reinado de Sancho Ramírez

supone la inclusión del joven reino de Aragón en las dinámicas europeas, algo que se refleja en la fundación de Jaca y en la potenciación del camino de Santiago. En definitiva, no se puede entender el reino de Aragón que conquistaría vastos territorios en los siglos posteriores, sin comprender las transformaciones dadas en el reinado de Sancho Ramírez, surgidas muchas de ellas de las relaciones establecidas entre el rey y la Santa Sede.

4. Transformación de la Iglesia aragonesa.

I. Introducción de la reforma eclesiástica en Aragón.

Esta recién iniciada relación entre el reino de Aragón y el papado no solo afectaría a las relaciones exteriores de ambos poderes, sino que también sería vital en la transformación de la iglesia aragonesa. El primer hito de importancia tras los vínculos nacidos en el viaje a Roma en el 1068 fue la introducción del rito romano en la iglesia aragonesa desplazando al rito mozárabe, que se realizó en el 1071. Para la exitosa introducción del rito romano en Aragón, un agente fundamental fue la orden cluniacense. La orden de Cluny había surgido a principios del siglo X, los monasterios cluniacenses propugnaban una reforma moral del monacato benedictino que ya no respetaba la regla monacal de san Benito de Nursia. Los monjes cluniacenses seguían los ideales originales de san Benito como la pobreza, la castidad, la obediencia, la humildad, etc. Además los monasterios de Cluny quedaban exentos de toda jurisdicción civil y episcopal, dependían directamente de la Santa Sede. Este hecho les convirtió en agentes ideales para la ejecución de la reforma eclesiástica romana en la segunda mitad del siglo XI, ya que encarnaban la *libertas ecclesiae* respecto a los poderes laicos que propugnaba el círculo reformador pontificio.

El papa utilizará a sus legados papales en Aragón y la orden de Cluny para acabar con la independencia con la que funcionaba la iglesia aragonesa respecto a la Santa Sede, y por ende con el rito mozárabe. Tanto el rey, como el legado papal Hugo Cándido propiciaron que la orden de Cluny llegase a Aragón. La primera iglesia que acogió el espíritu reformador de Cluny y el rito romano fue la Abadía de San Juan de la Peña, en la cual un monje cluniacense llamado Aquilino ocuparía el cargo de abad a partir del 1071, tras la concesión de un privilegio real a esta abadía. A partir de entonces el papado y la monarquía aragonesa fomentarán lo que algunos autores han denominado como "invasión eclesiástica franca". Numerosos clérigos venidos del otro lado de los Pirineos fueron ocupando los principales cargos de la iglesia aragonesa. Al monasterio de San Juan de la Peña le siguió el centro monástico más importante del Sobrarbe, el monasterio de San Victorián, donde se impuso al abad franco Grimaldo y se aplicó la reforma de Cluny y el cambio de rito. De este modo los principales centros monásticos pasaron a depender de la Santa Sede y fueron potenciados por la monarquía, mediante la anexión de cenobios más pequeños, iglesias y otro tipo de bienes. Por lo tanto el rito romano y la reforma cluniacense se fueron expandiendo desde las principales abadías hasta los monasterios e iglesias que dependían de ellas. La estructura monástica pasará a basarse en unos grandes centros cluniacenses, los cuales tenían numerosos monasterios, iglesias y bienes a su cargo, con los que podían mantenerse y ser independientes. (Sarasa, coord., 1994, p.137) La independencia monástica se produjo no solo frente a la nobleza sino también frente al poder diocesano.

Esta reforma monástica no se limitará a Aragón, pues cuando el reino de Pamplona caiga en manos de Sancho Ramírez en el 1076, llevará a cabo esta misma política. El monasterio de Leyre, era el monasterio más prestigioso del reino de Pamplona y en 1085 Sancho Ramírez dona a Leyre los monasterios de Igal, Urdaspal, Roncal, y Santa Engracia, todos ellos con sus iglesias dependientes y sus pertenencias. Además los monasterios

navarros también acabarían siendo regidos por monjes franceses, que traerían consigo las reformadoras ideas de Cluny, como Raimundo de Leire o Arnaldo de Irache ya a partir del 1090. A pesar de ello, estos monasterios no pasarían a formar parte de la orden cluniacense.

De todas formas hubo algunas resistencias a la reforma cluniacense. El abad Banzo, del monasterio de San Andrés de Fanlo, se opuso a la introducción del rito romano, y acabó siendo depuesto. El abad Aquilino de San Juan de la Peña le acogió y le colocó al frente del cenobio de San Martín de Cercito que dependía de San Juan de la Peña. Esta inteligente forma de actuar de los clérigos cluniacenses buscaba evitar crear víctimas de la imposición del rito romano, y por lo tanto evitar rencores del clero autóctono frente a los reformadores foráneos. (Sarasa, coord., 1994, p.139)

Durante el reinado de Sancho Ramírez la reforma no solo se limitaría al ámbito monástico, sino que también abarcaría el diocesano. En el reino de Aragón había dos obispados: el obispado de Aragón, cuya sede original era Huesca, pero estaba ocupada por los musulmanes, su diócesis abarcaba las tierras de Aragón y Sobrarbe. Y el obispado de Roda de Isábena cuya diócesis abarcaba la Ribagorza. En el 1076 los obispos Sancho de Aragón y Salomón de Roda fueron sustituidos. El infante García Ramírez, fue nombrado obispo de Aragón y el clérigo de origen probablemente franco Raimundo Dalmacio ocuparía la sede de Roda. Con la creación de la ciudad de Jaca, el obispado de Aragón pasó a tener una sede fija a partir de 1077, en la que comenzaría a construirse la sede catedralicia de San Pedro de Jaca. El rey crearía entonces la nueva diócesis de Jaca algo completamente ilegal desde el punto de vista del derecho canónico eclesial. Además en el 1078 el infante García fue nombrado también obispo de Pamplona, ostentando un doble obispado.

Nombrar a un hermano del rey como obispo de dos de las tres diócesis del reino y crear nuevas diócesis como la de Jaca. Eran actitudes por parte de Sancho Ramírez, completamente contrarias a la ideología reformista que en esos momentos imperaba en la sede de Roma, ocupada por Gregorio VII desde el 1073. El doble nombramiento de García Ramírez era del todo ilegítimo, y no fue aprobado por la Santa Sede, aunque esta no se opuso abiertamente. Sancho Ramírez había demostrado ser un importante aliado para los intereses pontificios en la península ibérica, y Gregorio VII al no oponerse a este nombramiento mostró una permisividad muy poco común en el con otros monarcas europeos. (Sarasa, coord., 1994, p.140)

De todas formas el infante-obispo aplicaría el programa reformador de Roma en sus sedes diocesanas. En Jaca y en Pamplona implantó en el clero catedralicio un estilo de vida canónico, siguiendo la regla de San Agustín. En el cabildo catedralicio de Jaca se implantaría un estilo de vida muy próximo al del monacato, algo que sería posteriormente introducido en otros centros religiosos aragoneses como en el cabildo catedralicio de Roda unos años después, por el obispo Dalmacio.

II. Desconfianzas y conflictos en la aplicación de la reforma.

A pesar del imparable avance de la reforma en Aragón las relaciones entre el papa y el rey de Aragón se fueron deteriorando a finales de los años 70 y principios de los 80 del siglo XI. Sancho Ramírez comenzó a observar como su vinculación al papado podía llegar a limitar el poder monárquico dentro de su reino. Por un lado se daba un claro conflicto de intereses sobre el control de los obispados del reino, el control de las diócesis por obispos leales al monarca era un punto fundamental para la extensión del poder monárquico y la articulación de la nueva monarquía aragonesa. Pero como se había visto con el caso del infante-obispo García Ramírez, esta visión del rey era contraria a las ideas reformadoras pontificias, que rechazaban cualquier injerencia laica en el seno de la iglesia.

Este alejamiento entre el rey y el papa quedó claro con los reproches del nuevo legado papal Richard de Millau, abad del monasterio francés de San Víctor. El cual recriminó al monarca haber olvidado sus vínculos de vasallaje con Roma y perseguir únicamente sus fines seculares en aras de ganar poder. (García Guijarro, 2004, p.257) El legado papal tenía razón, pues el monarca aragonés usaba instrumentalmente al papado con la ambición de fortalecerse internamente y facilitar nuevas conquistas. Sancho Ramírez desde el 1076 comenzaría a intitularse en sus documentos como "*Sancius, gratia Dei rex Aragonensium et Pampilonensium*" sin reconocer ya la autoridad del papa sobre Aragón e intitulándose a sí mismo como rey, en vez de como delegado del poder del papa en Aragón como hacía anteriormente. (Sarasa, coord., 1994 p.37)

Además Sancho Ramírez cada vez recelaba más de las cruzadas que pudiese promocionar el papado en el valle del Ebro. En el 1073 hubo un proyecto de cruzada liderado por Eble II de Roucy. El cual era cuñado de Sancho Ramírez y yerno de Roberto Guiscardo, un enlace ideal en el eje normando-aragonés que representaba un importante apoyo para la Santa Sede. (García Guijarro, Luis, 2004, p.256) Esta expedición no se acabó realizando, pero el rey de Aragón temía que los cruzados extranjeros que acudiesen a Aragón acabasen controlando importantes fortalezas sin prestarle vasallaje, pues el único requerimiento de aquellos expedicionarios ultra pirenaicos era su sumisión al papa, no al rey de Aragón. Lo que desde la cruzada de Barbastro a Sancho Ramírez le había parecido una forma válida de expandir su reino ya no le convencía tanto. Debido a esto Sancho Ramírez se opuso a la expedición liderada por Guillermo VIII de Aquitania en el 1080, ya que contaba con sanción papal, pero no monárquica (García Guijarro, 2004 p.257).

Mientras se daba este alejamiento entre papado y monarquía. A comienzos de los años 80, en el seno del reino de Aragón comenzó a darse un conflicto fruto de la reforma eclesiástica que estaba en marcha desde la introducción por primera vez en Aragón del rito romano en San Juan de la Peña. El creciente protagonismo de los centros monásticos, con el clero franco a la cabeza, reducía significativamente el poder diocesano, cuyo máximo exponente en Aragón era el infante-obispo García Ramírez. De esta forma en el reino de Aragón se organizaron dos bandos. Por un lado estaban los

partidarios del infante-obispo, contrarios al poder que acumulaba el clero extranjero en Aragón, que fueron denominados por Buesa Conde como “partido indigenista o hispánico”. Y por otro lado estaba el “partido romano” que era un heterogéneo grupo que apoyaba la política monárquica respecto a la reforma de la iglesia aragonesa. Entre estos últimos había una serie de personas contrarias al infante-obispo por distintos motivos, destacaban: Aquilino, abad de San Juan de la Peña y máximo representante de Cluny en Aragón, y Dalmacio, obispo de Roda de origen franco y enfrentado al obispo García por el control de las tierras entre los ríos Alcanadre y Cinca. Además dentro de este “partido romano” se encontraba la infanta Sancha Ramírez, fiel partidaria de la política eclesiástica real, que era la tenente del monasterio de San Pedro de Siresa, uno de los más importantes del reino. San Pedro de Siresa se encontraba dentro de la diócesis de Jaca, pero desde el 1082 dejó de estarlo, ya que Sancho Ramírez lo convirtió en una capilla real (Sarasa, coord., 1994, p.141, 142).

La oposición del obispo García a la política regia conllevó desde el año 1080 una gran pérdida de poder del infante-obispo, pues el rey dejó de confiar en él. En 1080 García sería depuesto por su hermano de la sede de Pamplona, que estaría unos años vacante hasta que en 1082 Sancha Ramírez fue designada por su hermano para regir la diócesis navarra. El nombramiento de una mujer para regir primero un prestigioso monasterio masculino, y después una diócesis como la pamplonica, era algo completamente ilegal dentro del derecho canónico eclesiástico. Pero Sancho Ramírez a pesar de ser vasallo de la Santa Sede y de ser un gran impulsor de la reforma, actuaba siempre en beneficio de la fortaleza del poder monárquico. Si eso conllevaba la ruptura ocasional del derecho canónico no le temblaba el pulso, como ya habíamos visto con el doble nombramiento diocesano de su hermano pequeño y la deposición de sus antecesores. Sancha fue sin duda una mujer excepcional, que acumuló un enorme e inusual poder dentro de la iglesia.

Doña Sancha y el “partido romano” sembraría en el rey la desconfianza sobre la lealtad de su hermano el obispo García. Esto llevaría a que en 1083 el rey concediese las tierras entre los ríos Alcanadre y Cinca al obispado de Roda, y el propio obispo García fue expulsado del castillo de Alquezar, el cual pasó a ser una tenencia del obispo de Roda (Kehr, 1945, p.25). Otras iglesias como las de Loarre o Montearagón también serían sometidas a la autoridad de la Santa Sede en perjuicio del obispado de Jaca. El enfrentamiento entre el obispo de Jaca y el rey de Aragón iría escalando hasta el punto de que García Ramírez apoyaría al rey de León Alfonso VI en sus reclamaciones sobre el valle del Ebro. Sancho Ramírez llegó incluso a amenazar al obispo en abril de 1083, cuando le advirtió de que podría perder “los ojos de su cabeza” si no acataba la política real. (Sarasa, coord., 1994, p.143) El obispo García murió en el 1086, pero el conflicto entre el obispado de Jaca primero, y Huesca después, con el rey de Aragón continuaría con sus sucesores. Los obispos de Jaca y Huesca intentarían recuperar las tierras perdidas frente al obispado de Roda, y los derechos cedidos frente a los distintos centros monásticos altoaragoneses en tiempos de Sancho Ramírez.

III. Consolidación de la reforma en Aragón.

Con el transcurso de los años 80 las relaciones entre el papado y el Reino de Aragón volvieron a mejorar. A pesar de ciertas resistencias, la reforma eclesiástica romana se había ido aplicando en Aragón y Navarra bajo Sancho Ramírez, aunque con ciertas irregularidades como la creación del obispado de Jaca, o el nombramiento de Sancha. En la consolidación de la reforma en Aragón y la vuelta de la sintonía entre la Santa Sede y Sancho Ramírez tuvo un peso importantísimo el nuevo legado papal, que sustituyó a Richard de Millau. Este nuevo legado papal fue el abad del monasterio francés de Thomieres, llamado Frotardo, que llegó a Aragón en el 1083. La influencia del nuevo legado, y los problemas internos que pasaba el reino llevaron a Sancho Ramírez a volver a acercarse al papa. Las ilegalidades en la iglesia aragonesa se fueron subsanando a partir de entonces. Ese mismo año Sancha fue sustituida por un clérigo de procedencia gala llamado Pedro de Rodez a la cabeza del obispado de Pamplona. Este nuevo obispo pamplonica procedía de la abadía de Frotardo, lo que nos indica que muy probablemente llegase al cargo fruto de la influencia de este último. Además el nuevo prior del cabildo catedralicio de Pamplona sería un tal Aimon, nombre que era muy común al otro lado de los Pirineos. (Sarasa, coord., 1994, p.144) Son fruto de la influencia del legado Frotardo otros nombramientos, como en 1085 el de Raimundo como abad de Leyre, otro clérigo francés. En 1086 tras la muerte del obispo García su sucesor sería Pedro, designado también por recomendación del legado Frotardo. La influencia de este legado sobre el rey de Aragón llegaría al punto de que este último le concedería la tutela y educación de su hijo menor, el futuro rey Ramiro II, el cual sería enviado a la abadía de Thomieres para ser educado como monje.

Además el legado Frotardo sería clave en la renovación y formalización del vasallaje de Sancho Ramírez a la sede pontificia en 1088. Al año siguiente sería cuando se produciría por primera vez el pago anual de 500 mancusos de oro que Sancho prometió en el 1068. No sabemos si este tributo se llegó a pagar todos los años, aunque si nos consta que el sucesor de Sancho, Pedro I llegó a pagar dos anualidades en un solo pago en el 1099, elevando la suma a 1000 mancusos de oro. (Kehr, 1945, pp.20, 21) La confirmación del sometimiento del rey de Aragón a la Santa Sede vino acompañado de nuevos privilegios reales para los centros monásticos aragoneses. En el 1089 se confirmaría y reforzaría la dependencia papal de San Juan de la Peña mediante un nuevo privilegio. También recibió un nuevo privilegio de similar calado la canónica de Montearagón, situada en el extremo sur del reino, a pocos kilómetros de Huesca y dentro de la diócesis jaquesa. Montearagón pasaría a depender directamente de la sede de San Pedro, aunque el poder monárquico tendría capacidad de supervisión sobre la misma. En Montearagón se seguiría el modelo de creación de grandes centros monásticos que ya se había seguido en la década anterior en el norte del reino con San Juan de la Peña o San Victorián. Montearagón situada en plena hoya de Huesca mediante el privilegio de 1089 se anexionó iglesias, cenobios y bienes situados principalmente en lo que sería el futuro obispado de Huesca. El establecimiento de este importante centro monástico aseguraría el predominio monárquico y apostólico sobre la iglesia de los alrededores de Huesca. En cambio, el poder diocesano oscense, hostil con la monarquía desde el obispado de García, quedaría muy reducido. Otro objetivo de Sancho Ramírez era evitar que los castillos desde los que planeaba lanzar sus ofensivas contra Huesca, como

Montearagón, pudiesen estar controlados por vasallos de dudosa lealtad como el obispo de Jaca. (García-Guijarro, 2004, pp.260, 261)

Hacia finales de los años 80 y principios de los 90, en Pamplona y Aragón, los tres obispados eran regidos por clérigos franceses. Además los principales centros monásticos como San Juan de la Peña, San Victorián, Leyre o Irache (a excepción de San Pedro de Siresa que siguió regido por Sancha) estaban regidos por clérigos de ideas reformistas y muchos de ellos ya formaban parte de la orden de Cluny. Por otro lado el rito mozárabe ya había sido completamente sustituido por el romano y el papado controlaba la iglesia aragonesa a través del legado Frotardo.

A finales del siglo XI la reforma eclesiástica romana ya había sido firmemente implantada en Aragón. Con la posterior expansión hacia el sur y la colaboración entre la sede de San Pedro y la monarquía aragonesa, la reforma continuaría implantándose conforme se ganasen territorios al islam. En esta labor sería decisiva la acción de los obispos aragoneses que apoyarían el esfuerzo bélico aragonés y se harían con las iglesias y mezquitas de los territorios conquistados, donde el rito mozárabe sería sustituido por el romano.

5. Conformación territorial del Reino de Aragón. Las cruzadas en Aragón.

I. Las Protocruzadas. Espíritu cruzado de los reyes aragoneses.

La única línea de entendimiento entre el papado y el Reino de Aragón no fue la eclesiástica, también tuvieron una fuerte influencia las expediciones cruzadas de las que Sancho Ramírez dejó de recelar en los años 80 del siglo XI.

El reino aragonés se vio inmerso desde su creación en un proceso de continuada expansión, en su mayor parte a costa de los reinos de taifas musulmanes. Su objetivo fue la próspera y rica taifa saraqustí que dominaba el valle del Ebro. Los monarcas aragoneses se vieron muy involucrados en esta empresa.

Me parece muy ilustrativo, para hacernos a la idea de las dimensiones de la expansión aragonesa, señalar las hectáreas que los distintos reyes aragoneses incorporaron al reino: Ramiro I (1035-1069) obtuvo 71.967, Sancho Ramírez (1062-1094) 300.036, Pedro I (1094-1104) 295.364 y Alfonso el Batallador, el cual llevó la expansión aragonesa a su máxima expresión conquistó 1.819.696 hectáreas (Dorronzoro, 2014 p.8). El Reino de Aragón quedaría delimitado en sus fronteras definitivas con las últimas conquistas de Ramón Berenguer IV y Alfonso II.

La conquista del sur, tan lucrativa en términos económicos y políticos será una empresa larga y costosa. Desde que Sancho Ramírez se infeuda a la Santa Sede las fuerzas de los distintos agentes interesados en la misma se aunaran con una serie de herramientas de carácter ideológico y espiritual. La guerra santa y el cruzadismo serán los vehículos ideológicos que la Santa Sede aportará a Sancho Ramírez y sus descendientes para: Unificar los esfuerzos aragoneses en su lucha contra el enemigo común, el islam, y obtener huestes expedicionarias europeas que llenasen las filas de un ejército que con el tiempo se acabará asimilando más a los ejércitos cruzados que a las tropas de Ramiro I. Tras la protocruzada de Barbastro y con la mejora de las relaciones entre Sancho Ramírez y el papa las expediciones armadas patrocinadas por la iglesia volverían a darse a partir de los años 80.

La predicación por parte de la iglesia de expediciones armadas hacia la península ibérica supuso una canalización de recursos bélicos de toda Europa (principalmente de Francia) en apoyo de las mismas. Además las protocruzadas también conllevaban apoyo financiero para la corona con la aportación de subsidios eclesiásticos. En 1087 se dará una nueva protocruzada contra Tudela por parte de numerosos nobles franceses, que se ofrecieron al rey aragonés para conquistar Tudela. A pesar del fracaso de la expedición esta mostraría el claro entendimiento entre el reino de Aragón y el papado.

Si repasamos las distintas expediciones bélicas predicadas como cruzadas, que se dieron en Aragón en la segunda mitad del siglo XI. Podríamos llegar a la conclusión de que desde el punto de vista militar fueron un absoluto fracaso, la única ciudad conquistada fue Barbastro, y la dominación cristiana sería efímera. Pero a pesar de esto, las protocruzadas serían muy relevantes, la taifa de Zaragoza se vería amenazada, pues Al-

Muqtadir firmó dos acuerdos con Sancho de Peñalen, rey de Pamplona. El primero en 1069 supuso la neutralidad del reino de Pamplona y el segundo en 1073 estipula una alianza entre Pamplona y Zaragoza contra el rey Sancho Ramírez de Aragón. (Sarasa, coord., 1994, p.131)

Las expediciones bélicas que el papado predicaría durante el reinado de Sancho Ramírez aumentarían significativamente la presión que ejercía el Reino de Aragón sobre la taifa de Zaragoza, y serían el primer paso aragonés en la expansión por el valle del Ebro. Además provocarían que la nobleza francesa empezase a ver la península ibérica como una tierra de oportunidades, donde sus hijos segundones podían ganar riqueza, tierras, gloria y la redención de sus pecados por luchar contra el infiel.

Estas expediciones han sido denominadas por la historiografía como protocruzadas. Debido a que a pesar de compartir numerosas características con las cruzadas tuvieron lugar antes de la predicación de la primera cruzada por parte de Urbano II en el 1095.

Tras el Concilio de Clermont de 1095 y la posterior predicación de la primera cruzada, el espíritu cruzado se extendió por toda Europa, incluida Aragón. No obstante la respuesta aragonesa a la primera cruzada fue de baja intensidad, pues Pedro I se encontraba inmerso en una costosa campaña para conquistar Huesca (Utrilla, 2007, p.107). Además la Santa Sede insistía por misivas a los príncipes hispánicos para que concentrasen sus fuerzas en la guerra contra el islam en la península y no marchasen a tierra santa.

La expansión aragonesa por el valle del Ebro estará marcada por el carácter sagrado de la guerra contra el infiel y el rechazo de la Santa Sede a las tentativas de los reyes de Aragón de ir a tierra santa.

Durante el reinado de Pedro I sus relaciones con la Santa Sede fueron muy buenas y cumplió con los términos del vasallaje heredados de su padre. Pedro I pagaría el censo anual de 500 mancusos de oro, (aunque con algún retraso) y siempre contaría con el consentimiento pontificio para sus campañas. Pedro I reinó en un periodo de gran entusiasmo cruzado, debido al éxito de la primera cruzada, y sus conquistas de Huesca y Barbastro reforzarían su convicción cruzada. El propio Pedro I intentaría viajar a Jerusalén para participar en una cruzada pero los legados pontificios presentes en Huesca (el cardenal Ricardo), y Barbastro (Gibelín, el arzobispo de Arlés) le darían a conocer el contenido de las bulas pontificias que reiteraban a los príncipes peninsulares la prohibición pontificia de acudir a tierra santa (Utrilla, 2007, p.111).

Pedro I imbuido en el espíritu cruzado reinante e incapacitado para ir a tierra santa, inundaría su guerra en el valle del Ebro de simbolismo cruzado. Su campaña contra Zaragoza destacaría en este sentido. Antonio Ubieto cree que se trataría de una cruzada preparada por el monarca pues sus tropas enarbolando el "*vexillum christi*" se presentan a las puertas de Zaragoza. Además el campamento cristiano sería bautizado como "*Deus o vol*", que era el grito de los cruzados, y está ubicado en la actual Juslibol (Utrilla, 2007, p.111). A pesar de su fervor cruzado no podrían conquistar Zaragoza.

II. La Cruzada de Zaragoza. Alfonso I “El Batallador”, la máxima expresión del cruzadismo aragonés.

A pesar de las protocruzadas realizadas en tiempos de Sancho Ramírez y el fervor cruzado del rey Pedro I, el cruzadismo aragonés no se plasmaría de forma definitiva hasta el reinado de Alfonso I el Batallador.

Alfonso I era hermanastro de Pedro I y participó en sus campañas teniendo un papel destacado y ganándose la fama de un gran guerrero. Además a inicios del reinado de Alfonso I, tras las derrotas castellanas de Sagradas, en la que Alfonso VI queda impedido para luchar, y Uclés (1108) en la que el hijo de este, Sancho, muere. Alfonso I pasa a ser percibido como el único hombre fuerte de la España cristiana (Lacarra, 1978, p.34).

Esta coyuntura provoca que Alfonso sea reclamado en Castilla, para resolver el problema sucesorio originado tras la muerte del infante Sancho, que dejaba a su hermana Urraca como única heredera. Alfonso VI encontró en Alfonso I al marido y rey que su hija necesitaba para defender el reino del empuje almorávide. De 1109 a 1114 Alfonso I estaría inmerso en un fallido matrimonio con Urraca que le alejaría de la política de guerra santa de su padre y su hermano en Aragón, donde tomaría una postura eminentemente defensiva.

Pero la fama de Alfonso no solo abarcaba la península, sino que iba más allá de los Pirineos. La primera cruzada provoca la marcha de buena parte de la nobleza del midí francés a tierra santa. Los nobles del sur de Francia recurrieron a Alfonso I para que tutelase sus dominios mientras estaban fuera y los protegiese de usurpadores. Esta política ya había sido iniciada por Pedro I, el cual murió en el valle de Arán, probablemente camino de Francia donde se dirigía a proteger los intereses de algunos cruzados en tierra santa. Acuden en busca de ayuda a Alfonso I la flor y nata de la nobleza del midí, el conde de Tolosa, el vizconde de Beziers, etc (Lacarra, 1978, p.32). Este hecho será fundamental en la posterior capacidad de atracción que ejercerá Alfonso I sobre la nobleza del sur de Francia para que participase en sus campañas contra el islam.

Mientras Alfonso se dedicaba a los asuntos castellanos entre 1108 y 1114, la taifa de Zaragoza cayó ante los almorávides y las fuerzas del islam quedaron divididas en la región. Los almorávides gobernaban en Zaragoza y los musulmanes hispánicos se habían refugiado en el castillo de Rueda de Jalón. El último gobernador de Zaragoza fue Abu Bakr, el cual murió a finales de 1117, dejando la ciudad descabezada antes del asedio (Lacarra, 1978, p.66). Esta coyuntura de división entre los musulmanes, y la voluntad de Alfonso I de retomar la política expansiva de sus predecesores llevaría al desencadenamiento de la mayor empresa cruzada de la historia de Aragón, la cruzada de Zaragoza.

A pesar del simbolismo cruzado que rodeó a las campañas de Pedro I estas tuvieron claras diferencias respecto a las que llevó a cabo su hermano y sucesor, Alfonso I. En los tiempos de Alfonso I los contingentes cruzados ultra pirenaicos serán determinantes, al nivel de protocruzadas previas como las de Barbastro o Tudela en tiempos de Sancho

Ramírez. Mientras que con Pedro I ninguno de los combatientes francos recibió honores o tenencias en Aragón, con Alfonso I los nobles francos cobraron una enorme importancia recibiendo no menos de 35 honores (aproximadamente un tercio de los existentes) y controlaron las principales tenencias urbanas como Zaragoza, Tudela, Tarazona y Calatayud (Utrilla, 2007, p.116). Esto sumado a la creación de órdenes militares inspiradas en las órdenes de tierra santa, como las cofradías de Belchite o Monreal. Nos muestra la visión cruzada universalista cristiana que Alfonso tenía de la expansión aragonesa por el valle del Ebro, en contraposición con la visión más autóctona que tenía Pedro I. La campaña militar más importante del reinado de Alfonso I fue la cruzada de Zaragoza.

Hasta entonces la ciudad más importante que había conquistado el Reino de Aragón era Huesca que tenía unos 3000 habitantes. Sin embargo la conquista de Zaragoza sería una campaña mucho más costosa, ya que era una ciudad mucho más grande, de 25.000 habitantes (Dorronzoro, 2014, p.19). Además, Zaragoza estaba protegida por sus poderosas murallas de origen romano, hacía falta un gran ejército para bloquear correctamente la ciudad en las dos orillas del río Ebro y para poder rechazar a las fuerzas que intentasen socorrer a la plaza (Lacarra, 1978, p. 67).

La cruzada sería predicada en Francia por los obispos aragoneses liderados por el obispo Esteban de Huesca y también por el legado pontificio Bosón, que organizaría el concilio de Toulouse en la primavera de 1118. En Toulouse estuvieron presentes los principales altos cargos de la iglesia al sur y al norte de los Pirineos y allí se aprobó la expedición cruzada a Zaragoza (Dorronzoro, 2014, p.20). Las gentes del midi francés, conmovidos todavía por el recuerdo de la primera cruzada, se alistaron en masa a la nueva cruzada.

El ejército cruzado se formó con personas de todos los grupos sociales (Lacarra, 1978, p. 67). La mayoría de la nobleza del midi acudió bien por fervor cruzado o bien por los lazos de vasallaje (o por ambas) contraídos con los reyes aragoneses. Estos nobles ya tenían amplia experiencia de combate, muchos de ellos habían participado en las protocruzadas de Barbastro y Tudela y en la primera cruzada a Jerusalén. El líder del ejército cruzado sería Gastón de Bearn, que ya era teniente de Barbastro, y estaba casado con Talea prima por línea bastarda de Alfonso I. Gastón aportó numerosas máquinas de asedio y sus amplios conocimientos de poliorcética adquiridos en los asedios de la primera cruzada como los de Antioquía o Jerusalén (Lacarra, 1978, p. 68). Había numerosos mendigos e indigentes que acompañaban al ejército cruzado en busca de la absolución de sus pecados y de riquezas y gloria. Los mendigos eran un elemento muy presente también en las comitivas que acudían a tierra santa. Podemos concluir que estamos ante un contingente militar cruzado, no solo por los honores concedidos en Toulouse, o por el firme apoyo de Gelasio II a la campaña, sino por la propia composición de la tropa y el espíritu cruzado imperante en la misma (Dorronzoro, 2014, p.22).

De hecho sería este primer ejército cruzado el que marcharía en 1118 a Aragón y asediaría Zaragoza sin la presencia de Alfonso I. El cual todavía estaba en Castilla y llegaría a la ciudad con sus tropas aragonesas y navarras medio mes más tarde cuando

se procedió al bloqueo total de la ciudad y el asalto a la Alfajería (Dorronzoro, 2014, p.22). Durante el asedio, el ejército cruzado a pesar de su superioridad numérica y de medios pasaría por graves dificultades. Las potentes defensas de la ciudad, su situación geográfica y el ejército que el gobernador almorávide de Granada Abd Allah ibn Mazdali comandó para ayudar a los sitiados, dificultarían la campaña llevando a las fuerzas cristianas al límite. Por otro lado, los problemas logísticos provocarían el hambre entre los cruzados y muchos de ellos estuvieron a punto de desertar. Pero la contribución del obispo Esteban aportando los tesoros de su iglesia para sufragar la causa fue decisiva para el mantenimiento del asedio. Alfonso I no pudo tomar la ciudad al asalto, pero logró la rendición de Zaragoza gracias a la escasez de víveres y suministros que el bloqueo provocó y a la desmoralización de los defensores tras la muerte del gobernador de Granada.

Zaragoza capituló el 18 de diciembre de 1118 con unas generosas condiciones por parte de Alfonso I. Se permitió a los musulmanes abandonar la ciudad con todos sus bienes, y a los que no quisieron marcharse, se les permitió quedarse estando sujetos a los mismos impuestos que tenían previamente. Además les dio el plazo de un año para trasladarse a vivir al arrabal de curtidores. La población mudéjar conservó sus autoridades y legislación propia. Estas condiciones tan favorables, fueron similares a las establecidas por el Cid en Valencia, y buscaban captar a la mayor cantidad de población posible. Alfonso seguiría una política de benevolencia y captación de población en sus conquistas posteriores, pues no había suficientes repobladores cristianos para sustituir a todos los musulmanes (Lacarra, 1978, p. 72).

En los años siguientes caerían Tudela, Tarazona, Calatayud, Daroca Borja, y otras muchas poblaciones, y Alfonso seguiría haciendo la guerra con éxito al islam con el apoyo de nuevos contingentes cruzados francos que no dejaban de acudir a la península sedientos de botín y redención espiritual. La batalla de Cutanda, en el 1120, supondría la confirmación de la hegemonía aragonesa en el valle del Ebro. En Cutanda sería vital la caballería del duque de Aquitania Guillermo IX “el trovador” que acudió a Aragón como cruzado tras serle levantada la excomunión.

Alfonso I tendría una actividad incansable y hasta su muerte en el 1134 no dejaría de realizar campañas de conquista contra el islam. Alfonso culminó los sueños expansivos de su padre sobre el fértil valle del Ebro y conquistó en tan solo unos pocos años más territorios que todos sus antecesores juntos. ¿Cómo pudo ser posible tal fulgurante expansión?

Desde mi punto de vista es imposible entender las conquistas del Batallador sin el vital soporte ideológico que la Santa Sede, a través de las cruzadas le proporcionó. Alfonso I fue el perfecto rey cruzado, iba junto a sus soldados moviéndose frenéticamente por todo el reino y compartía en todo momento su ideal de guerra santa. La cruzada aunó a todas las fuerzas del Reino de Aragón, el de Pamplona y también atrajo un enorme potencial militar desde el sur de Francia. La nobleza, el clero, e incluso las personas más humildes se vieron involucradas en el esfuerzo cruzado. El rey colocó en los principales cargos episcopales y políticos del reino a personas comprometidas con el ideal cruzado

aunque fueran extranjeros, y subordinó todas las demás cuestiones al esfuerzo expansivo. La Santa Sede, a pesar de sus roces con el Batallador colaboró en todo momento con él, conscientes de su potencial político-militar sin igual en la península. Y los obispos de las sedes aragonesas se implicaron completamente en la guerra santa a través de sus esfuerzos diplomáticos en el sur de Francia, económicos, e incluso militares, ya que solían acompañar al ejército del rey. De hecho obispos como Esteban de Huesca y Ramón de Roda murieron a consecuencia de las campañas contra el islam.

A todo esto hay que añadir el componente sacral, que era evidente en las campañas del Batallador. Llevaba consigo reliquias y celebraba habitualmente misas y actos litúrgicos gracias al apoyo del omnipresente episcopado aragonés (y franco) en sus campañas. Este despliegue de medios ideológico-religiosos en plena campaña militar ayudaba a imbuir a la tropa en un radicalismo religioso de espíritu cruzado que era vital para mantenerles unidos durante tantos meses en situaciones muy difíciles (Dorronzoro, 2014, p.39).

La constitución de un auténtico ejército cruzado en torno a su persona permitió al Batallador prolongar sus campañas durante más de tres meses (lo cual era lo habitual cuando el rey concedía tenencias). Lo que le permitió hacer grandes y prolongados asedios y también audaces y arriesgadas expediciones hacia el corazón de al-Ándalus, llegando incluso a asediar Granada. La compenetración de ideales entre Alfonso I y sus caballeros no volvió a darse de forma parecida con ningún otro monarca de la reconquista (Lacarra, 1978, p. 110).

Todos estos factores permitieron que Alfonso I pudiese formar un ejército sin igual en la península. Gozaba de una enorme capacidad operativa, de personal con una enorme experiencia y conocimientos bélicos como eran los cruzados franceses, y además contaba con una superior moral de la tropa gracias al factor ideológico cruzado. Además del apoyo total financiero y diplomático de la iglesia, con la Santa Sede a la cabeza.

Pero hay que remarcar que el objetivo último de Alfonso I no era la conquista de Zaragoza, algo que si habría sido el objetivo de su padre Sancho Ramírez. Alfonso tenía un objetivo mucho más ambicioso y en esto sí que coincidía con su hermano Pedro. El sueño del Batallador era abrir una vía marítima para poder llegar a Jerusalén por mar y peregrinar a tierra santa como hacían los reyes cruzados de su época. En el imaginario del Batallador todas sus conquistas no eran sino un mero trámite para llegar por mar a Jerusalén (Utrilla, 2007, p.116).

Alfonso I ambicionaba la conquista de Tortosa y Valencia, buscaba llegar al mediterráneo a través del valle del Ebro y de las montañas de Teruel. De hecho en este empeño morirá, intentando llegar a Tortosa, tras ser derrotado en la batalla de Fraga de 1134.

Alfonso I importará numerosos elementos cruzados, probablemente gracias a las aportaciones de nobles como Gastón de Bearn que ya habían participado en la primera cruzada. Uno de los más relevantes será la creación de órdenes militares basadas en las famosas órdenes de oriente como la del temple, la del santo sepulcro o la de los

hospitalarios. Las conquistas derivadas de la cruzada de Zaragoza conllevaron una expansión territorial enorme entre 1118 y 1121. Las nuevas fronteras eran más amplias e inseguras, pues ya no había tantos castillos o barreras geográficas como en el norte de Aragón. Esto llevó a Alfonso I a adoptar nuevas fórmulas para su repoblación, administración y protección, lo que se tradujo en la creación de la cofradía de Belchite, una asociación de laicos y eclesiásticos con ciertos paralelismos con la orden del Temple de Jerusalén. Esta cofradía tendrá un objetivo claro, la lucha contra el islam (Dorronzoro, 2014, p.25).

Belchite constituía una avanzada defensiva de la ciudad de Zaragoza, estaba situada en una región grande y deshabitada, y expuesta a los ataques musulmanes. Ni siquiera la estrategia de captación de población con la concesión de fueros y privilegios a los que se asentasen allí había surtido efecto. En 1122, en un concilio liderado por el monarca y en el que estuvieron presentes las principales autoridades religiosas de la península (incluido el legado papal Bernardo) y del sur de Francia se creó la Cofradía de Belchite.

A pesar de la evidente inspiración en las órdenes de tierra santa, la cofradía de Belchite contiene elementos muy novedosos que la adaptan al ecosistema peninsular del siglo XII. La cofradía de Belchite conjuga la guerra santa y la repoblación teniendo una doble misión, luchar contra el islam y repoblar las tierras que fuera conquistando. Los miembros de la Orden de Belchite no solo obtenían indulgencias y ventajas espirituales, sino que también obtenían los privilegios materiales propios de la repoblación y las cartas puebla concedidas por Alfonso I, tales como exenciones de impuestos, derechos sobre el botín que obtuviesen y las tierras conquistadas, inmunidad judicial, etc. Por otro lado, la concepción que el Batallador tenía de la Cofradía de Belchite era esencialmente ofensiva, su fin era abrir la ruta desde Zaragoza al mar para llegar a Jerusalén. Esto la diferenciaba también de la Orden del Temple, cuya misión era velar por la seguridad de los peregrinos que acudían a Jerusalén (Lacarra, 1978, p. 77).

La Cofradía de Belchite sería la primera milicia de estas características en la península y probablemente en el occidente cristiano, pero no sería la única que fundaría Alfonso I. En 1124 se crea otra cofradía de características similares en Monreal del Campo. Fue denominada como la "*Militia Christi de Monreal*", ubicada en una posición estratégica en el camino a Teruel constituía otra posición avanzada similar a Belchite. En el documento de dotación de la cofradía de Monreal, encontramos alusiones directas a las órdenes militares de Jerusalén "*quemadmodum est Ierosolimis*", y al objetivo de ofrecer un camino por mar a tierra Santa "*iter aperire ad transfretandum Ierosolimam Christo previo disposuit*" (Dorronzoro, 2014, p.29).

Como hemos visto, la función legitimadora de la cruzada hizo posible la expansión y el control aragonés del valle del Ebro en apenas una generación. Pero nada de eso habría sido posible sin la construcción de una propaganda y un relato cruzadista por parte de la iglesia aragonesa, con claras reminiscencias del relato cruzado oriental. Un relato muy significativo (hallado en un documento de 1272) lo protagoniza el primer obispo de Zaragoza, Pedro de Librana. El cual, agobiado por las discusiones entre obispos y las presiones de los infieles tuvo un sueño. En ese sueño San Valero (antiguo obispo de

Zaragoza) le indicaba donde estaba el cuerpo de San Braulio (obispo Zaragozano de época visigoda), y le prometía auxilio divino si le daba sepultura en un lugar más digno. Pedro de Librana realizó excavaciones y finalmente encontró un vaso de piedra, el báculo y el anillo de San Braulio, celebrándose una gran ceremonia de traslado desde el sepulcro encontrado al altar del templo del pilar. El padre Fita quien recoge estos hechos los sitúa en los días previos a la batalla de Cutanda de 1120. El descubrimiento del obispo zaragozano estaba pensado para animar a la población en momentos de incertidumbre. En la primera cruzada unos años antes se da una historia muy similar con el hallazgo de la santa lanza en el 1098 (Dorronzoro, 2014, p.13).

En definitiva, el vehículo ideológico cruzado, que el papado pone en las manos de los reyes aragoneses, y que Alfonso I lleva a su máxima expresión. No solo sirve para posibilitar la conquista de nuevas tierras, sino para colaborar en el control y la repoblación de las mismas. Tras el rotundo éxito de la cruzada de Zaragoza, el papa Calixto II nombrara al arzobispo Olegario de Tarragona como legado para la promoción de la cruzada en tierras peninsulares, con el objetivo de otorgar las mismas indulgencias en la península que en oriente. Olegario ejercerá de mediador entre la curia pontificia y el rey Alfonso I, ayudando a reestablecer las tradicionalmente amistosas relaciones entre el papa y el rey de Aragón. Las cuales, se habían visto dañadas por los conflictos de Alfonso con la iglesia castellana y el repudio de su esposa, la reina Urraca. Esta provechosa alianza entre papado y Reino de Aragón se verá reforzada tras el éxito de la cruzada de Zaragoza, cuyo modelo seguirían otras muchas campañas en los años posteriores.

III. Restauración eclesiástica del valle del Ebro.

Cuando Alfonso emprende la conquista del valle del Ebro, sus relaciones con el papa estaban en un punto muy bajo. A los problemas derivados de la anulación de su matrimonio con Urraca, y los conflictos con la iglesia castellana debemos sumarle el pleito entre los obispos Esteban de Huesca y Ramón de Roda-Barbastro.

Estos dos obispos tenían constantes pleitos sobre las fronteras entre sus sedes diocesanas, pleitos que provenían del reinado de Sancho Ramírez. Cuando este, desposeyó al obispo García de Jaca, de importantes tenencias, como el castillo de Alquézar, en favor del obispado de Roda. A pesar de los desmanes de Esteban, el cual llegó a expulsar a Ramón del reino, Alfonso le apoyó de forma incondicional, enfrentándose de forma directa con la Santa Sede en esta cuestión. Esteban era amigo personal del monarca y su carácter belicoso le llevó a apoyar activamente todas las campañas del Batallador. Sin embargo Ramón era parte del “partido romano”, de origen franco, apoyaba la lucha contra el islam, pero no las campañas del Batallador contra otros príncipes cristianos. La lealtad de Ramón estaba más del lado de su señor espiritual, antes que de su señor terrenal.

Pero el apoyo constante que el sumo pontífice Gelasio II proporcionó a la cruzada de Zaragoza y el éxito de la misma, contribuyó a la mejora de las relaciones entre el rey y la sede de San Pedro. Sería muy relevante, la carta de Gelasio II dirigida al ejército cruzado que asediaba Zaragoza, alentándoles a seguir con ardor el combate, y

prometiéndoles que alcanzarían la vida eterna y la absolución de sus pecados “en función de los esfuerzos que realizaran” (Utrilla, 2007, p.114). Además en todo momento Gelasio II pondría a disposición de la cruzada a sus legados papales, siendo claves en la predicación de la misma y en el concilio de Toulouse.

La reestablecida amistad entre el papa y el rey de Aragón no podía llegar en mejor momento para los intereses de Roma. Pues tras la conquista de tan vastos territorios se procedería a la restauración de las estructuras eclesiásticas por todo el valle del Ebro, totalmente desmanteladas tras cinco siglos de dominio musulmán. La diligencia de Gelasio II y las buenas relaciones con la monarquía aragonesa, colocarían a la curia romana en posición de influir e intervenir durante el proceso de la restauración eclesiástica que se extendería en los años posteriores a la conquista. La primera sede diocesana en ser restaurada sería la de Zaragoza.

Alfonso I pensó inicialmente en nombrar a Esteban como obispo de Zaragoza. Ya que sin su aportación decisiva, repartiendo los tesoros de su iglesia entre los cruzados, el cerco sobre Zaragoza no se habría podido sostener. Pero Gelasio II se adelantaría a Alfonso y consagraría al francés Pedro de Librana como nuevo obispo. Gelasio II, en su carta al ejército que asediaba Zaragoza, presentó como nuevo obispo a Pedro de Librana, al tiempo que absolvía de los pecados a los fallecidos y prometía indulgencias a aquellos que contribuyesen a reparar las iglesias de Zaragoza, destruidas por los sarracenos (Lacarra, 1978, p. 112). Lógicamente Alfonso I no se opondría al papa en un contexto en el que su apoyo le resultaba tan importante y Pedro de Librana sería el nuevo obispo de Zaragoza.

Gelasio II muere en 1119, y le sucede en el cargo el arzobispo de Vienne y tío de Alfonso Raimúndez, que adoptó el nombre de Calixto II. Alfonso Raimúndez era el hijo de Urraca y Raimundo de Borgoña, heredero de los reinos de León y Castilla, este último era reclamado tanto por el Batallador como por el joven Alfonso y su madre la reina Urraca.

Calixto II fue papa entre 1119 y 1124, y a pesar de ser pariente del futuro Alfonso VII, no supuso ningún problema para las relaciones entre Roma y Alfonso, es más, durante su pontificado se lleva a cabo la restauración eclesiástica del valle del Ebro. El rey cambia de actitud y deja de favorecer tan claramente a Esteban y al “partido indigenista” tal y como lo denomina Buesa Conde. De hecho dejará los pleitos entre los obispos de Huesca y Barbastro en manos de Roma. También acepta los candidatos franceses a las restauradas sedes de Zaragoza y Tarazona y se reconcilia con Ramón de Roda, el cual volverá de su exilio en Francia y pasará a formar parte del séquito real. También se reconcilia con el arzobispo y legado pontificio Bernardo de Toledo, con el cual había tenido conflictos durante su etapa como rey de Castilla.

Alfonso también permitiría que obispos franceses se hiciesen con las sedes castellanas bajo su control, como la de Sigüenza, o la de Segovia. Se repetiría el proceso de reforma eclesiástica que se dio en el reinado de Sancho Ramírez. Los nuevos preladados colocaron al frente de los cabildos catedralicios y en los puestos de mayor responsabilidad a clérigos de su confianza personal, muchos también franceses. Estos clérigos franceses

sustituyen al escasísimo clero autóctono de las ciudades andalusíes, y van extendiendo el rito romano en el avance aragonés hacia el sur (Lacarra, 1978, p. 113).

En las nuevas diócesis el rey se encargó de dotar adecuadamente a la iglesia aragonesa, la cual iría ganando cada vez mayor entidad económica. Las mezquitas musulmanas se convertirían en iglesias, y los obispos de las sedes restauradas se erigirían como importantes poderes económico-políticos. Alfonso I les haría una serie de concesiones:

- I. Tendrían derecho a percibir los diezmos y primicias de los cristianos que habitaran en todas las parroquias de la diócesis.
- II. También recibirían la décima parte de todos los frutos y rentas, tanto de los cristianos, como de los judíos y musulmanes.
- III. Las nuevas sedes diocesanas obtuvieron la propiedad de los bienes de las antiguas iglesias mozárabes.
- IV. Recibirían del rey diversas donaciones de villas, castillos o tierras para conformar e incrementar el patrimonio de las sedes restauradas.

Además el resto de obispados y monasterios del norte, recibieron tierras, e iglesias en las zonas conquistadas al islam, como agradecimiento por su apoyo en la guerra contra el sarraceno. Lo que nos da una idea de lo lucrativa que fue la empresa cruzada para la iglesia aragonesa.

También tenemos que tener en cuenta que la restauración eclesiástica no solo se daba en Aragón o en las tierras castellanas conquistadas por Alfonso I, sino también al este en Tarragona, ciudad recientemente conquistada por el conde de Barcelona. La restauración de la sede de Tarragona, impulsada por el papado, y protagonizada por San Olegario, obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona sería de vital importancia para las iglesias catalanas y aragonesas. Las cuales dejarían paulatinamente de depender de las archidiócesis francas, para pasar a depender de la archidiócesis de Tarragona. Esto se haría patente en 1205, cuando el papa Inocencio III concedería a los arzobispos de Tarragona el privilegio de coronar a los reyes de Aragón en Zaragoza. (Corral, 2014, p.75)

A pesar de la enorme influencia y poder que ganó la Santa Sede y el partido romano de la iglesia aragonesa en los años de la restauración eclesiástica. Debemos remarcar que este proceso no estuvo exento de conflictos, y que Esteban no perdió el favor de su amigo Alfonso I hasta su muerte. El “partido indigenista” liderado por Esteban seguiría conservando un enorme poder. Esteban conseguiría que clérigos oscenses ocupasen importantes sedes obispaes. Este es el caso de Sancho de Larrosa, que fue nombrado obispo de Pamplona en 1122, u otro oscense también llamado Sancho, el cual fue nombrado obispo de Calahorra. Además tras las muertes de los obispos de Roda (1126) y Zaragoza (1129), sería Esteban el encargado de regir sus diócesis, acumulando un inmenso poder hasta su muerte en mayo de 1130. (Lacarra, 1978, p. 115).

Además, pese a las buenas y renovadas relaciones entre Alfonso I y la curia pontificia no debemos perder de vista el contexto europeo. En aquellos años se daba una importante pugna entre el poder laico y el eclesiástico, la querrela de las investiduras, que tuvo su punto álgido en el conflicto entre el imperio y el papado que se desarrollaba paralelo al

reinado del Batallador. Si bien en Aragón la querrela de las investiduras no llegó a los extremos que se vieron entre papado e imperio, sí que fue un asunto de relevancia.

Alfonso buscó durante su reinado rodearse de personas que apoyasen completamente sus campañas expansivas, de forma política, económica y militar. En ese aspecto tuvieron un papel muy relevante la mayoría de obispos aragoneses. Por esa razón, para Alfonso I, la lealtad de los obispos era un asunto fundamental, pues fungían como poderosos señores feudales a la hora de aportar dinero y soldados para sus campañas. Además los obispos aportaban un apoyo espiritual y diplomático que ningún otro señor feudal podía dar, y que resultó vital en la cruzada de Zaragoza en 1118.

En esos años, la ambición de Roma de controlar la iglesia y evitar a toda costa el intrusismo laico, chocaba de forma frontal con las necesidades de Alfonso I. Debido a las buenas relaciones entre el papa y el rey de Aragón y al apoyo constante de la iglesia a las campañas del Batallador, la querrela de las investiduras en Aragón no resultó en un conflicto abierto. La tendencia en la iglesia aragonesa fue hacia una cada vez mayor "*libertas ecclesiae*" a la hora de las elecciones episcopales. Esta tendencia se confirmaría con el reconocimiento de Ramiro II del I concilio de Letrán de 1123, el cual extendía además las prerrogativas de los cruzados de tierra santa, también a aquellos que combatían en la península ibérica.

De todas formas durante el reinado de Alfonso I, se darán diferencias entre el poder monárquico y el papal sobre el método electivo de los obispos. El rey prefería el sistema tradicional, en el cual se elegía al obispo por el clero y el pueblo de su sede, en este método el rey podía tener amplia influencia. Pero el papa prefería designar directamente a los obispos o hacerlo mediante sus legados. Este método no era muy distinto de las designaciones reales que realizaba Alfonso, pero este las encubría bajo el método tradicional.

Generalmente, cuando el rey elegía a un obispo para ocupar una sede, como son los casos del obispo Dodón para Huesca en 1134 o el obispo García de Majones para Zaragoza, el papa no se oponía. De la misma forma que Alfonso no solía oponerse a las directrices del santo padre, como se observa en el caso del nombramiento de Pedro de Librana como obispo de Zaragoza.

Pero cuando Alfonso intentaba nombrar obispos, en lugares en los que su poder era menor, como en Castilla. Allí sí que recibía una oposición unánime del alto clero castellano y el papa intervenía como mediador. Este es el caso del intento de Alfonso I de colocar a su hermano Ramiro como obispo de Burgos. El alto clero castellano eligió en concilio a Pascual como obispo de Burgos, mientras el clero y pueblo burgalés eligió a Ramiro, siendo esta una elección monárquica debidamente ocultada bajo el método electivo tradicional. En ese pleito fue decisivo el papa, el cual acabó ratificando la elección de Pascual, teniendo Ramiro que renunciar a sus pretensiones (Lacarra, 1978, p. 117). Ramiro no podría llegar a obispo hasta el 1134, cuando sería electo obispo de Roda-Barbastro por el método electivo tradicional, siendo este, otro ejemplo de clara designación regia encubierta. Pero el infante Ramiro no podría apenas ejercer como

obispo, pues tendría que hacer frente a las consecuencias de la muerte de su hermano, el rey, ese mismo año.

IV. Legado del Batallador. Definitiva conformación territorial de Aragón.

Alfonso I muere en el 1134, tras su primera y única derrota en la batalla de Fraga. Su reinado culmina los sueños de su padre Sancho Ramírez. La alianza ideada por este último entre la Santa Sede y su dinastía ha conseguido cumplir sus principales objetivos. Aragón ya es un reino de prestigio a nivel europeo, que ha conseguido conquistar el valle del Ebro antes que sus rivales castellanos y leoneses. A pesar del evidente éxito del Batallador en su tarea expansiva, la falta de heredero y sus últimas voluntades pondrían en un brete al reino y a su propia dinastía.

El testamento de Alfonso I suponía para la Santa Sede el total éxito en Aragón de la ideología cruzadista. Alfonso I, que en vida había tenido diferencias con el papado acaba entregando su reino a Dios y a las órdenes militares cruzadas de tierra santa, a las que tanto admiraba. El papa, tal y como había ideado Gregorio VII, se hacía con el Reino de Aragón después de muchos años de vasallaje a la Santa Sede (Utrilla, 2007, p.117). Este testamento no fue excepcional, pues otros importantes cruzados ya habían realizado testamentos similares. Es el caso de Gastón de Bearn, el cual cedió sus posesiones a la orden del Temple. La ideología cruzadista no solo impregnaba al rey, sino también a buena parte de la nobleza que era de origen franco.

La Santa Sede se interesó por defender los derechos de las órdenes de Tierra Santa en el Reino de Aragón y el papa se dirigió a Alfonso VII, el nuevo hombre fuerte de la cristiandad en la península, para que se diera cumplimiento al testamento del Batallador (García Castán, 2000, p.22). Pero tanto la nobleza aragonesa, como la navarra, como Alfonso VII tenían otros planes. En primer lugar el testamento del Batallador incumplía el derecho sucesorio navarro-aragonés, pues no podía ceder los territorios que había heredado a terceros, debían continuar perteneciendo al patrimonio familiar (Corral, 2014, p.41). La nobleza navarra aprovechó el desconcierto para nombrar rey de los pamploneses a García Ramírez, la curia pontificia no reconocería la legitimidad de los nuevos reyes navarros hasta 1196. Además la nobleza aragonesa se aprestó a coronar al hermano del Batallador, Ramiro II, como rey de Aragón. Por otro lado Alfonso VII marcharía a Zaragoza erigiéndose como protector de la cristiandad y heredero de Alfonso I, su objetivo era culminar las ambiciones castellanas de hacerse con la antigua taifa de Zaragoza y expandirse también por el valle del Ebro. Como podemos observar, el testamento del Batallador originó un complejo conflicto sucesorio entre distintos actores políticos, de los cuales ninguno se podía arrojar la legitimidad necesaria para imponerse.

El conflicto sucesorio se saldó con un acuerdo, primero en Navarra Ramiro II reconoció el nuevo reino navarro de García Ramírez en el tratado de Vadoluengo (Corral, 2014, p.43) Posteriormente Alfonso VII presionado por el papado para que cumpla con el testamento del Batallador, comienza a percibir Zaragoza como un problema y decide entregársela en el 1136 a Ramiro II como un feudo (Corral, 2014, p.45). Ramiro II se convertiría en vasallo de Alfonso VII, pero durante su reinado consigue conservar el

Reino de Aragón y orquestar una sucesión ordenada gracias a los esponsales de su hija Petronila con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV. Por otro lado el papado cesará en sus reclamaciones, el nuevo rey aragonés era un antiguo prelado formado bajo el ala del legado pontificio Frotardo en su abadía de "*Saint Pons de Thomières*" (Sarasa, coord., 1994, p.156). Sin ninguna duda si la curia pontificia buscaba un rey aragonés favorable a la reforma y a la iglesia ese sería Ramiro.

Ramiro no seguiría el ejemplo del Batallador, pero sus sucesores continuarían las conquistas que el conflicto sucesorio había interrumpido. La fórmula expansiva cruzada, que tanto éxito había tenido, no cambiaría para los sucesivos soberanos de Aragón. La cruzada de Zaragoza sería el ejemplo que seguiría Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona y príncips de Aragón para conquistar Tortosa y Lérida en sendas cruzadas, completando la conquista cristiana del valle del Ebro. Las órdenes del Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro recibirían enormes propiedades y rentas en Aragón, mientras la colaboración y alianza entre papado y reino de Aragón continuaría siendo vital. Los reyes de Aragón continuarían nombrando a sus primogénitos como "Pedro" en honor a su vasallaje a la Santa Sede, tal y como haría Petronila con su primer hijo, que moriría en 1157, heredando el trono su hermano menor Alfonso (Corral, 2014, p.60).

La conquista de los territorios que configurarían definitivamente el Reino de Aragón finalizaría con los reinados de Alfonso y su hijo Pedro II, durante los cuales se completaría la conquista de la actual provincia de Teruel.

6. Pedro II. De Roma a Muret.

I. Coronación en Roma.

Pedro II, en 1196 hereda el Reino de Aragón, el Condado de Barcelona y los amplios dominios feudales que sus antecesores habían ido construyendo en el sur de Francia. Precisamente la política exterior que continuará será la de la consolidación y expansión aragonesa en el midí francés mediante su matrimonio con María, la señora de Montpellier. Tras esta boda Pedro viajaría a Roma donde sería coronado por el papa. Sería el único rey de Aragón en ser coronado en Roma por el mismísimo santo padre y el único que viajaba a Roma desde Sancho Ramírez.

En Roma Pedro II se encontró con el poderoso pontífice Inocencio III, la situación de ambos poderes (reyes aragoneses y papado) había cambiado enormemente desde su primer encuentro en tiempos de Sancho Ramírez. La corona de Aragón era una importante potencia europea, ya consolidada en la península ibérica, mientras el papado contaba con una situación de preeminencia sobre los poderes laicos y la iglesia occidental sin precedentes. En la coronación de 1204 ambos soberanos revisarían sus lazos feudales y los actualizarían. Pedro II prometería el pago de 250 monedas de oro en compensación por la protección papal, la mitad de la cantidad abonada por sus antepasados y recibió su corona de la mano del papa, lo que significaba una evidente sumisión del poder real aragonés ante la sede de San Pedro (Smith, 2000, p.166).

¿Por qué un rey de Aragón volvía a aproximarse de forma tan clara al papado? Pedro II formaba parte de una asentada dinastía y gobernaba sobre vastos territorios. Definitivamente no tenía los mismos acuciantes problemas que habían llevado a Sancho Ramírez a infeudarse al papado.

Si acudimos a las crónicas como la de San Juan de la Peña o la "*Gesta Comitum Barchinonensium*". La explicación que nos dan es el deseo de gloria y fama que tenía el rey, que buscaba superar a sus antepasados (Smith, 2000, p.167). Si bien esto puede ser cierto, los motivos del rey para coronarse en Roma responden a la coyuntura política. El Reino de Aragón había estado en una constante expansión hacia el sur, frenada por el renovado empuje almohade tras la batalla de Alarcos (1195). Este hecho perjudicaba a la nobleza aragonesa que ya no tenía su tradicional válvula de escape al sur, y veía desinterés en Pedro para continuar la expansión. Además la vieja nobleza del norte había visto su importancia menguar en favor de los nuevos nobles que había obtenido nuevas tierras al sur. Es muy posible que ante la falta de un golpe legitimador en forma de victoria militar, la corona buscaba reforzarse mediante la vía ideológica de la mano de la Santa Sede (Smith, 2000, pp.170-171).

Además de las razones de política interior a Pedro II le convenía ser un hijo pródigo del papa en materia de política exterior. El viaje de Pedro II a Roma fue sufragado en buena parte por Raimundo VI de Tolosa, y fue acompañado por numerosos nobles del midí (Smith, 2000, pp.171-172). Pedro según autores como José Ángel Sesma probablemente buscaba el apoyo del papa en su proyecto expansivo ultrapirenaico que aspiraba a la hegemonía aragonesa desde los Pirineos hasta el Ródano. La protección del papa

disuadiría a los Capeto o Plantagenet de atacar sus posesiones. Además para 1204 el papado tenía un poder de intervención política en Europa muy desarrollado, ejerciendo a menudo como árbitro o parte de numerosas disputas, las bulas papales eran usadas como armas políticas de primer calibre en los conflictos feudales de la Europa de inicios del XIII. Tener de aliado a Inocencio III podía resultarle muy útil a Pedro II en muy variadas facetas.

Si bien a Pedro le interesaba ser coronado en Roma y aliado de Inocencio. ¿Qué ventajas reportaba esta alianza a la Santa Sede? La Santa Sede había tenido tradicionalmente un aliado en Aragón, pero reafirmar y renovar esos vínculos podía serle muy útil. Inocencio también tenía problemas internos, la nobleza romana ambicionaba una mayor cuota de poder y un gran espectáculo público como la coronación de un rey serviría para reafirmar la grandeza y prestigio papales (Smith, 2000, p.176). Pero como Pedro II, los principales intereses de Inocencio estaban en la política exterior.

Inocencio logró de Pedro numerosos compromisos relacionados con la *libertas ecclesiae*, su objetivo era profundizar en la libertad y poder de la iglesia en Aragón. También concertó una alianza matrimonial entre aragoneses y sicilianos que se plasmaría en el matrimonio del rey Federico de Sicilia con Constanza, hermana de Pedro II. Federico era un joven Hohenstaufen heredero a los reinos de Sicilia y también candidato al trono imperial que estaba bajo la tutela de Inocencio III. Juntar a su vasallo aragonés con su vasallo normando en un solo bloque alrededor del papado, el único líder de la cristiandad, suponía para Inocencio III un objetivo apetecible y reeditaba en cierta forma el bloque aragonés-normando que se había formado en tiempos de Sancho Ramírez a través del matrimonio con Felicia de Roucy. Lógicamente este nuevo bloque aspiraba a tener una relevancia mucho mayor. El tiempo haría que los planes de Inocencio III se derrumbasen y sus hijos pródigos acabasen siendo enemigos del papado.

Por último la coronación de un rey en Roma suponía un importante golpe contra la línea de flotación de la ideología imperial. El emperador ya no era el único coronado en Roma, sino también podrían ser reyes los coronados por el papa. El emperador quedaba equiparado a un monarca más, la verdadera cabeza de la cristiandad era el papa.

Para el papado la coronación de Pedro II será la culminación de su ascendencia no solo sobre los reyes de Aragón, sino sobre los señores seculares (Smith, 2000, p.179). Pedro II sería para Inocencio III el rey más cercano al ideal pontificio de gobernante secular, perseguía con dureza a los herejes y derrotaba a los infieles en las navas de Tolosa. El papa en numerosas cartas pondría a Pedro II como ejemplo de rey virtuoso, e instaría a los demás soberanos a seguir sus pasos (Smith, 2015, p.280).

II. La batalla de Muret

¿Por qué entonces Pedro II acabaría muriendo luchando contra los cruzados de Inocencio III en Muret?

En primer lugar, a pesar de la coronación en Roma tampoco debemos idealizar las relaciones entre los reyes de Aragón y la Sede de San Pedro. Desde la entronización de Ramiro II estas se habían enfriado pues Inocencio II no aprobó los esponsales de Petronila y Berenguer. Incluso Ramón Berenguer IV llegó a estar aliado con Federico Barbarroja y el antipapa Víctor IV en contra de Alejandro III. Ya antes de 1204 Inocencio se había enfrentado a Pedro II en defensa de la madre del rey, Sancha de Castilla, en su conflicto en torno a la propiedad de varios castillos.

También tras la coronación el cumplimiento de los términos de la misma fue dudoso. La *libertas ecclesiae* en Aragón sería incompleta, el matrimonio entre Federico y Constanza se retrasaría hasta 1209. Además la voluntad de Pedro II de divorciarse de María de Montpellier y la negativa de Inocencio III a tal divorcio, supuso otro desencuentro (Smith, 2015, p.281).

Pero el verdadero motivo que llevó a Pedro II a enfrentarse al papa en el campo de batalla fue la cruzada albigense. A finales del siglo XII la Corona de Aragón se había posicionado como la fuerza hegemónica en el mediterráneo francés. En los últimos siglos los condes de Barcelona y los reyes de Aragón habían ido ampliando su influencia al otro lado de los Pirineos en base a matrimonios y el vasallaje de los nobles de la zona. Política que continuó Pedro II casándose con la señora de Montpellier. La amenaza externa del reino de Francia y los pingües beneficios obtenidos en las cruzadas aragonesas habían llevado a la nobleza del mediterráneo a aproximarse cada vez más a los reyes aragoneses. Fue precisamente en esa zona en la que se propagó con alarmante velocidad la herejía cátara desde mediados del siglo XII, hasta tal punto que llegó a contar con la complicidad y protección de la nobleza local.

Inocencio III no estaba dispuesto a permitir la propagación de la herejía, él era el jefe de la iglesia católica y como tal era el responsable de mantener la unidad de la iglesia. Los cátaros socavaban la "*ecclesia universalis*" y para erradicarlos Inocencio envió legados a la Provenza que fracasaron debido a la protección de los cátaros por parte de la nobleza (Smith, 2015, p.276). El asesinato del legado pontificio Pierre de Castelnau en 1208, del que fue acusado el conde de Tolosa, le llevó a convocar la cruzada contra los cátaros en el 1209 apoyado por el rey de Francia que ambicionaba hacerse con la Provenza.

Inicialmente Pedro II no se inmiscuyó en la cruzada. De hecho, siguiendo los dictados del papa, había sido el rey más severo con los herejes. Pero el acoso contra sus vasallos, y las malas relaciones con el líder de la cruzada, Simón de Montfort le llevaron a ser cada vez más hostil con la cruzada. Los intentos diplomáticos de Pedro II para suspender la cruzada fallaron, e incluso empeoraron sus relaciones con Inocencio. Finalmente la amenazada nobleza del languedoc, en enero de 1213, jura fidelidad a Pedro II buscando su protección frente a la brutalidad de los cruzados. Solo entonces Pedro II cruza los

Pirineos y se enfrenta a su señor el papa, para defender a sus vasallos (Navarro Espinach, 2008, p.54). Encontraría la muerte en septiembre de 1213 en Muret.

Los años 1212-1214 han sido calificados por numerosos autores como Martín Alvira Cabrer o Damian Smith como “el trienio que hizo a Europa”. Las tres batallas que jalonan el trienio, Navas, Muret y Bouvines fueron vitales para configurar la Europa que todos conocemos. Muret, es la batalla menos conocida pero a mi juicio tan definitiva como las otras dos. Sin Muret es imposible entender la conformación territorial de Francia o la posterior expansión mediterránea de la corona aragonesa.

Pero Muret no solo significó una derrota para Aragón, también el papado fue derrotado en Muret. A pesar de la victoria militar de la cruzada, la mera existencia de la batalla de Muret supone una dura derrota para las ambiciones reformistas romanas. Muret es el mayor ejemplo del fracaso del papado a la hora de moldear al monarca católico. El rey ideal de la cristiandad según Inocencio III acaba marchando a la cabeza de un ejército de excomulgados para enfrentarse a las tropas del papa. Muret significa el triunfo último de los intereses políticos de los monarcas frente a su lealtad al papa, más sangrante todavía en el caso de Pedro II, rey vasallo del papado y coronado por Inocencio (Smith, 2014, p.85). Pedro “El católico” se pone de lado de sus vasallos herejes enfrente de su señor el papa, es la confirmación del fracaso de la iglesia romana reformada en la subordinación de los poderes laicos al poder espiritual.

Durante la minoría de edad de Jaime I, debido a la obligación pontificia de proteger a los huérfanos, el papado tuvo un gran control sobre la Corona de Aragón mediante su legado Pedro de Benevento. Posteriormente ese control se iría difuminando, ningún rey aragonés volvió a aproximarse al papado como Pedro II. Las coronaciones de sus sucesores se harían en los términos de los reyes aragoneses, más alejados de Roma, y la tradicional alianza entre reyes de Aragón y los papas desaparecería e incluso acabarían convertidos en enemigos acérrimos durante el reinado de Pedro III.

7. Conclusiones

La relación entre papas y reyes de Aragón es un elemento geopolítico clave para comprender la historia del Reino de Aragón. Sucesos tan vitales como el asentamiento de la dinastía Ramírez en el trono aragonés durante el siglo XI, la fulgurante expansión aragonesa hacia el sur desde finales del mismo siglo, o la conformación de la iglesia aragonesa, no se pueden entender sin apreciar la intervención pontificia en Aragón.

Una intervención pontificia basada en la imprescindible actuación de los legados, actores políticos de primer orden que proyectaban la autoridad papal en lugares muy alejados de Roma. La Santa Sede a través de estos legados desarrolló una diplomacia sin igual en la Europa medieval y Aragón no fue una excepción.

La interacción entre el poder universalista de Roma y la monarquía territorializada aragonesa comienza cuando ambos están en plena construcción. Pronto establecen una relación simbiótica que genera elementos novedosos, como el cruzadismo aragonés e importa otros precedentes de la reforma eclesiástica romana y de Europa. También resignifica elementos antiguos como las exenciones de centros monásticos aragoneses, depender de Roma deja de ser depender de un poder lejano e inerte. El papa cada vez está más presente en Aragón y en toda Europa.

Es indudable que la consolidación de ambos poderes es fruto (entre otros factores) de su mutua alianza. Y esta comienza a quebrarse cuando la consolidación del Reino de Aragón y de la monarquía papal está finalizada. En Muret observamos las limitaciones de su alianza, el papado no consigue que su hijo pródigo le sea leal, y la Corona de Aragón ve frenada y cercenada su expansión por un poder que hasta entonces la había favorecido. Los reyes aragoneses dejarán de necesitar al papado, ya no eran soberanos de un pequeño núcleo cristiano necesitado de legitimidad o protección papal. Tampoco necesitaban ya a los caballeros cruzados franceses para sus campañas, pues sus dominios eran lo suficientemente amplios para proveerles de tropas, y los territorios a conquistar cada vez eran menos y ofrecían menor resistencia.

Cuando la Corona de Aragón se convierte en una potencia mediterránea su relación con la Santa Sede se normaliza, pasa por periodos de colaboración y de conflicto dependiendo de la coyuntura geopolítica. Y se aproxima cada vez más a las relaciones del papado con otras potentes monarquías europeas. La simbiótica alianza tradicional ideada por Sancho Ramírez había perdido su razón de ser.

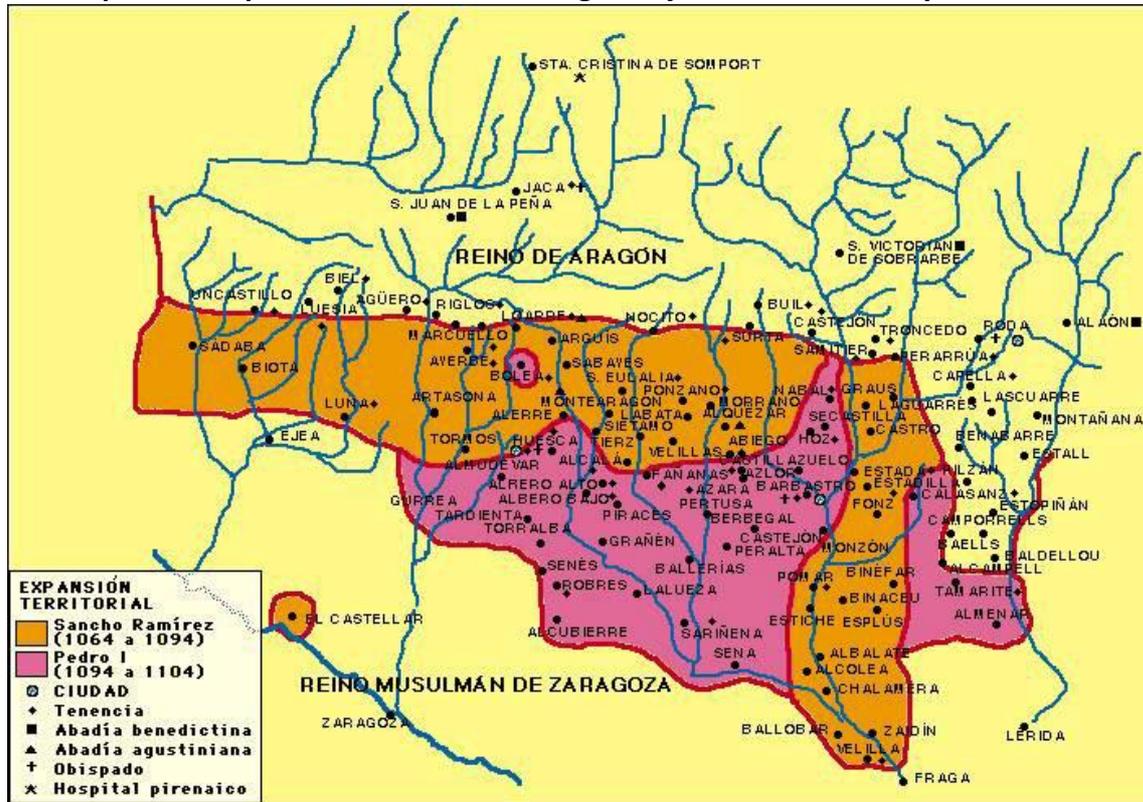
8. Bibliografía.

- ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente (coord.), 2002. *Historia Universal de la Edad Media*. Barcelona. Ariel.
- ALVIRA CABRER, Martín, 2010. «Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias.» En: *1212-1214: El trienio que hizo a Europa* (Actas de la XXXVII Semana de Estudios Medievales de Estella, 19 al 23 de julio de 2010). Pamplona. Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra. Páginas 85-111.
- CANELLAS LÓPEZ, Ángel, 1951. «Las cruzadas de Aragón en el siglo XI.» *Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*. Nº7: 217-228.
- CANELLAS LÓPEZ, Ángel, 1981. San Juan de la Peña, crisol y legado de Aragón. *Cuadernos de historia Jerónimo Zurita*. Nº 39-40: 205-217.
- CLANCHY, John y BALLARD, Brigit, 2000. *Cómo se hace un trabajo académico: guía práctica para estudiantes universitarios* (2ªed.). Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, 2014. *La Corona de Aragón: manipulación, mito e historia*. Zaragoza, Doce Robles.
- DE AYALA, Carlos, 2013. «En los orígenes del cruzadismo peninsular: El reinado de Alfonso VI (1065-1109).» *Imago Temporis. Medium Aevum*. Nº 7: 499-537.
- DÍAZ IBÁÑEZ, Jorge, 1998. *La organización institucional de la Iglesia en la Edad Media*. Madrid, Arco Libros.
- DORRONZORO RAMÍREZ, Pablo, 2014. «El episcopado “Batallador” en tiempos de Alfonso I de Aragón y Pamplona.» *Estudios Medievales Hispánicos*. Nº 3: 7-42.
- DURAN GUDIOL, Antonio, 1961. «Geografía medieval de los obispados de Jaca y Huesca.» *Revista de Ciencias Sociales del Instituto de estudios altoaragoneses*. Nº 45-46: 1-103.
- GARCÍA CASTÁN, Concha, 2000. *Las Reinas de Aragón*. Zaragoza, Ed. Cai00.
- GARCÍA DE CORTAZAR, José Ángel, 2012. *Historia religiosa del occidente medieval*. Madrid. Akal
- GARCÍA-GUIJARRO Ramos, Luis, 2004. «El papado y el reino de Aragón en la segunda mitad del siglo XI.» *Aragón en la Edad Media*. Nº 18: 245-264.
- KEHR, Paul Fridolin, 1945. «Como y cuando se hizo Aragón feudatario de la Santa Sede.» *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*. Nº1: 285-326
- LACARRA DE MIGUEL, José María, 1978. *Alfonso el Batallador*. Zaragoza, Guara Editorial.
- LALIENA CORBERA, Carlos. <http://dbe.rah.es/biografias/70282/isabel-de-urgell.2021>
- MONTANER FRUTOS, Alberto, 1995. *El señal del Rey de Aragón: historia y significado*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- NAVARRO ESPINACH, Germán, 2008. «La acción política y militar de Pedro II el católico, rey de Aragón y conde de Barcelona en occitania: La batalla de Muret (1213).» *Cuadernos*. Nº 34: 41-61. Monzón, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio.

- RODRÍGUEZ de la PEÑA, Manuel Alejandro, 2018, «¿Cruzadismo antes de la primera Cruzada? En torno a los orígenes de la guerra santa cristiana en el occidente altomedieval», *El Olivo*, 42: 55-69.
- SARASA SÁNCHEZ, Esteban, 1994. *Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo. (1064- 1094)*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- SMITH, Damian, 2000. «Motivo y significado de la coronación de Pedro II de Aragón.» *Revista Española de historia*. Vol.60. Número 204. Páginas 163-179.
- SMITH, Damian, 2010. *Crusade, Heresy and Inquisition in the lands of the Crown of Aragon*. Leiden (Países Bajos), Brill Academic Pub.
- SMITH, Damian, 2014. «Los orígenes y el significado de la Batalla de Muret.» *Revista Chilena de Estudios Medievales*. Nº5: 73-90
- SMITH, Damian, 2015. «Muret y las limitaciones del poder del papado.» En: *La Encrucijada de Muret*. Sevilla, Sociedad Española de Estudios Medievales. Páginas 275-286.
- UTRILLA UTRILLA, Juan Fernando, 2007. «Conquista, guerra santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)». En Esteban Sarasa, (coord.), *Las Cinco Villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII: de la frontera natural a las fronteras políticas y socioeconómicas (foralidad y municipalidad)*. Zaragoza, Institución Fernando el católico. Páginas 95-128.
- WICKHAM, Christopher, 2017. *Europa en la Edad Media, una nueva interpretación*. Barcelona, Planeta.

9. Anexos

1. Mapa de la expansión del Reino de Aragón bajo Sancho Ramírez y Pedro I.



Fuente: Fundación Lebel Blanco. Historia Medieval del Reyno de Navarra.

http://www.lebelblanco.com/anexos/imagenes/a0269_clip_image002.jpg

Fecha de consulta: 18/06/2021

2. Monasterio de San Juan de la Peña, pieza clave en la introducción del rito romano en Aragón.



Fuente: <https://lospirineos.info/que-visitar/monasterio-de-san-juan-de-la-pena.html>

Fecha de consulta: 20/06/2021

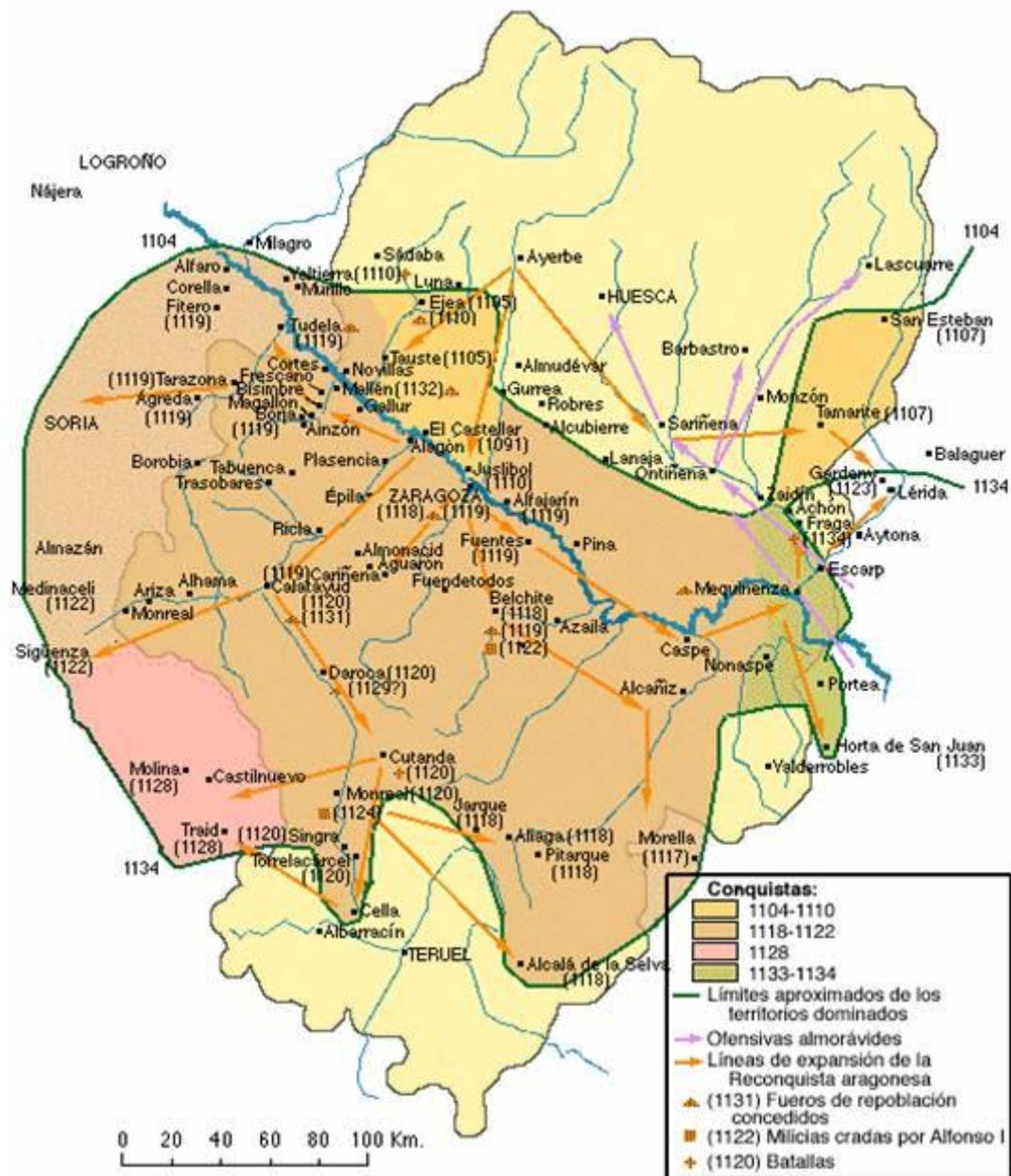
3. Abadía de Montearagón. Ejemplo de nuevo centro monástico independiente del poder diocesano ubicado en plena hoya de Huesca.



Fuente: <https://www.hoyaragon.es/cultura-ocio-escapadas/y-si-el-castillo-de-montearagon-se-incluye-como-panteon-real-de-la-corona-de-aragon/>

Fecha de consulta: 21/06/2021

4. Expansión aragonesa bajo Alfonso I.

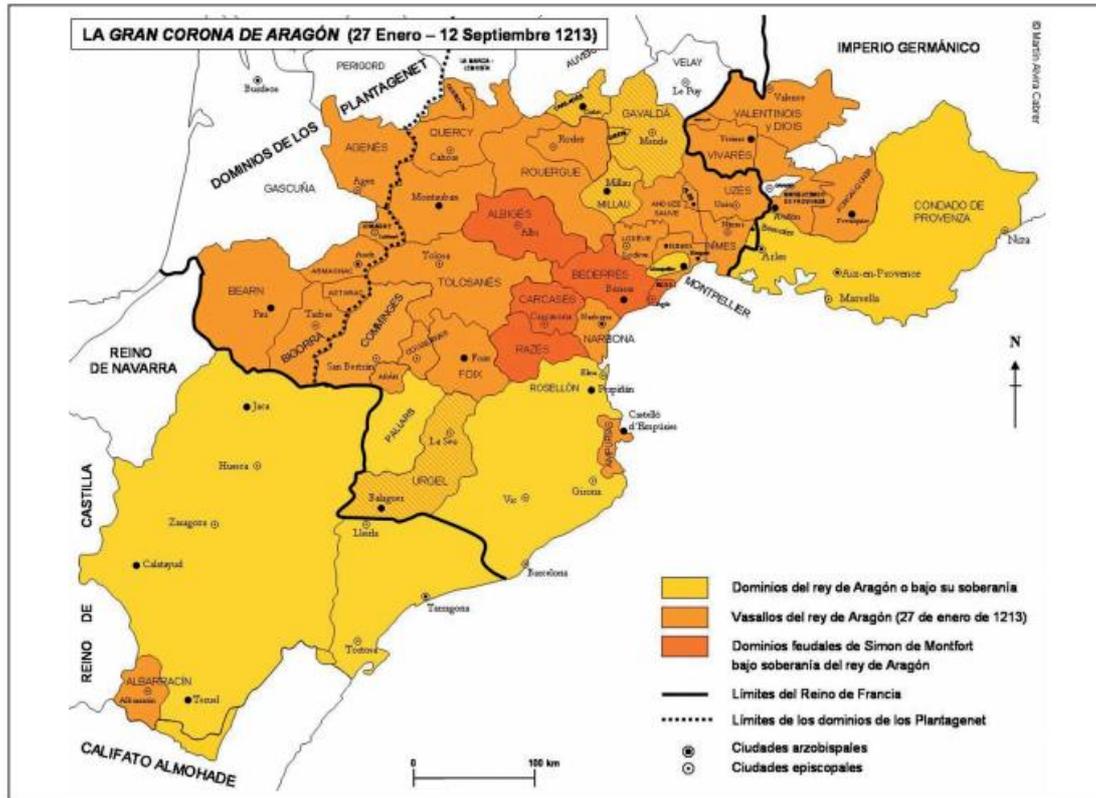


Fuente: Fundación Lebel Blanco. Historia Medieval del Reyno de Navarra.

http://www.lebelblanco.com/anexos/imagenes/a0269_clip_image002_0002.jpg

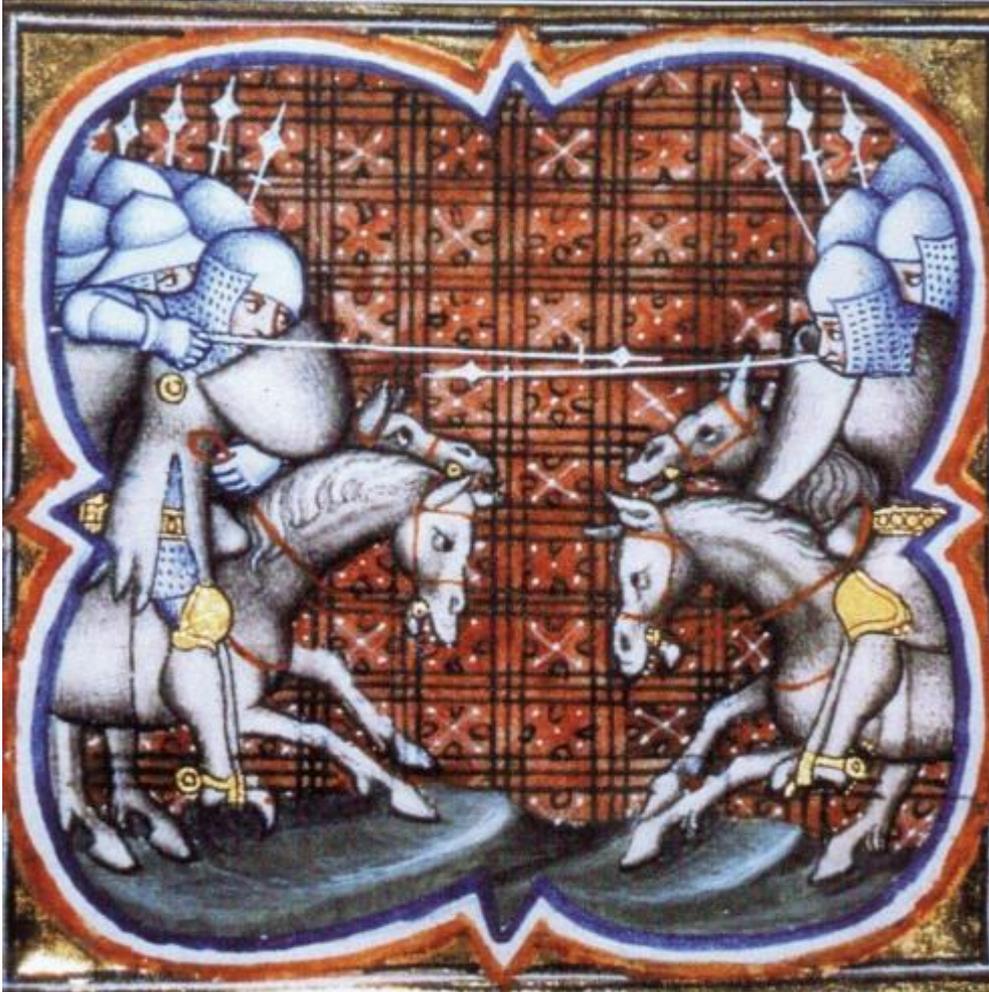
Fecha de consulta: 18/06/2021

5. Máxima expansión aragonesa al norte de los Pirineos.



Fuente: ALVIRA CABRER, Martín, 2010. «Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias.» En: *1212-1214: El trienio que hizo a Europa*. Pamplona, Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra. Página 104. Fecha de consulta: 22/06/2021

6. Batalla de Muret.

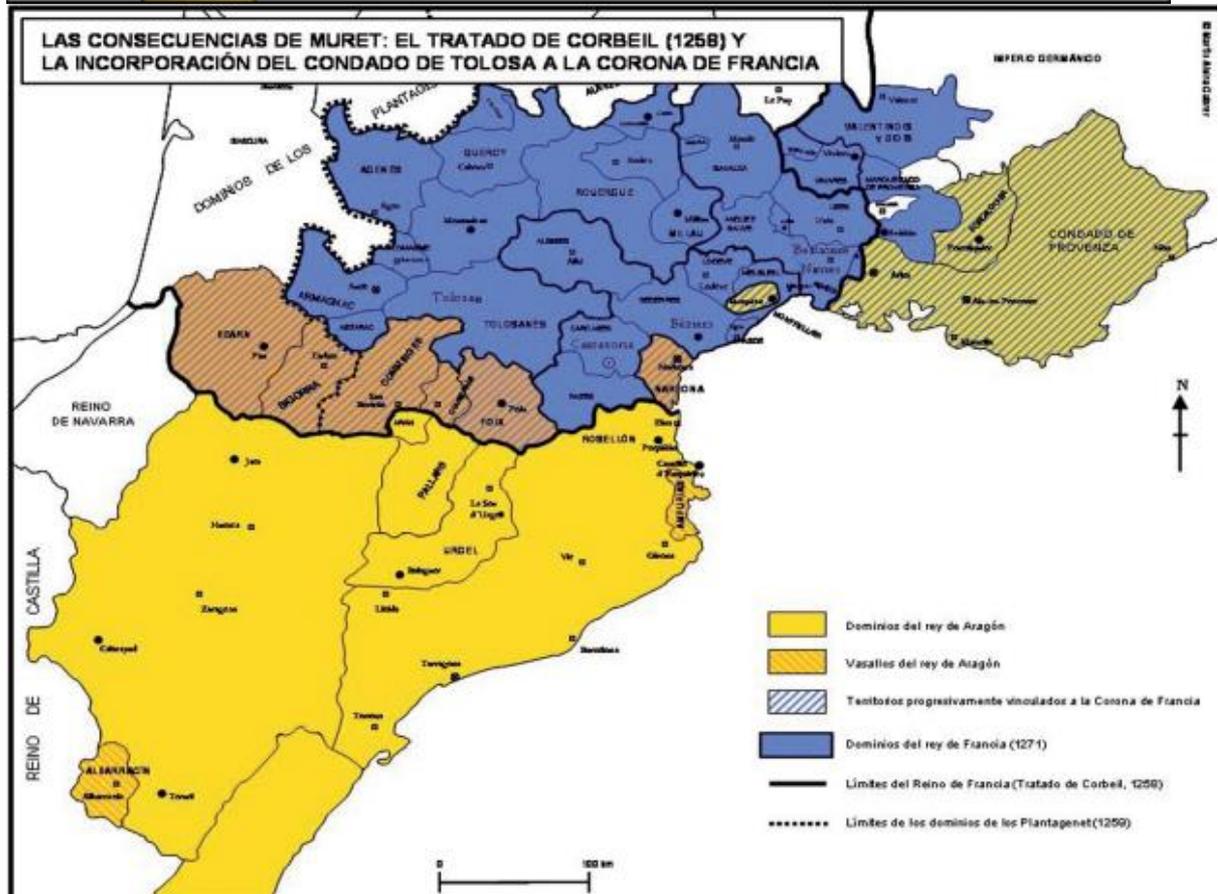
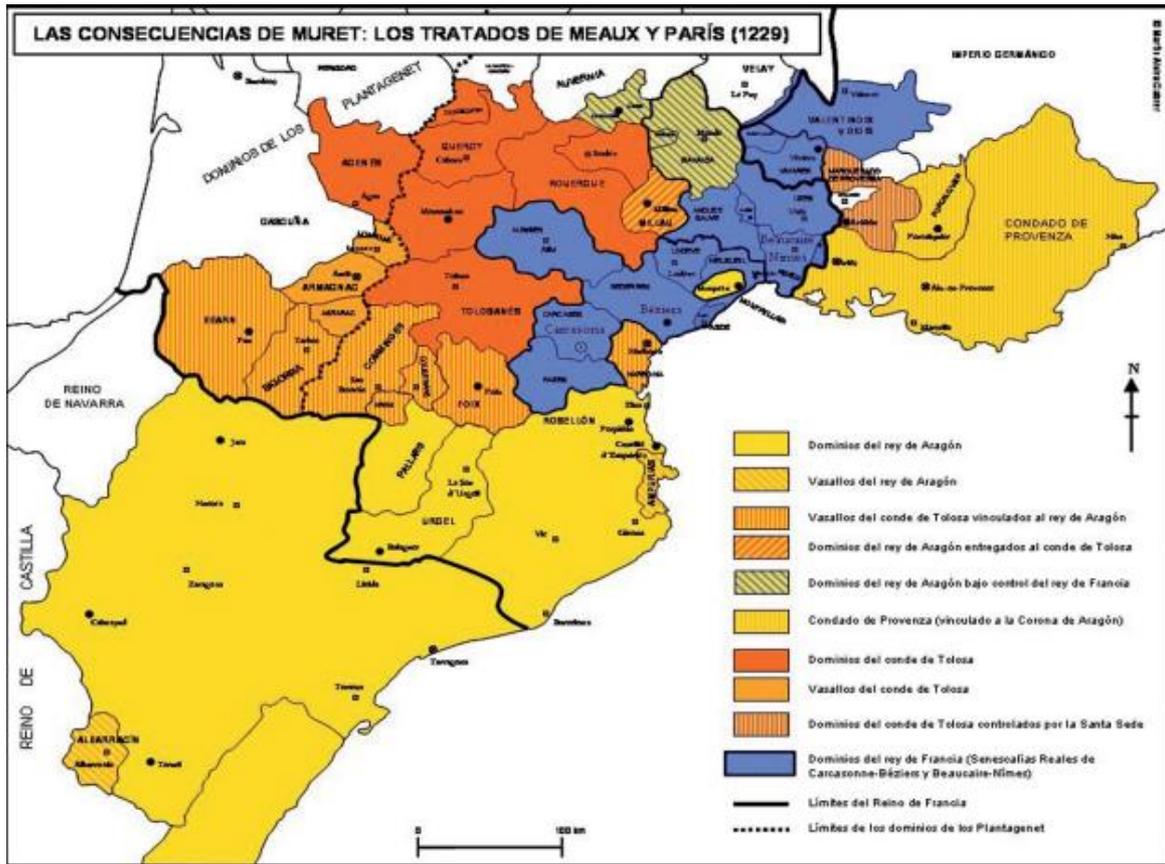


Esta miniatura de las *Grandes Chroniques de France* de principios del siglo xiv, es de las pocas imágenes de época medieval que nos quedan de la batalla de Muret. Al ser una crónica regia, el autor no representó al monarca aragonés debido a lo incómodo de representar la muerte de un monarca a manos de un vasallo.

Fuente: ALVIRA CABRER, Martín, 2010. «Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias.» En: 1212-1214: El trienio que hizo a Europa. Pamplona, Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra. Página 88.

Fecha de consulta: 22/06/2021

7. Consecuencias de la batalla de Muret para Aragón.



Fuente: ALVIRA CABRER, Martín, 2010. «Después de Las Navas de Tolosa y antes de Bouvines. La batalla de Muret (1213) y sus consecuencias.» En: 1212-1214: El trienio que hizo a Europa. Pamplona, Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra. Páginas 107 y 108.

Fecha de consulta: 22/06/2021